



## *Los pájaros ciegos*<sup>1</sup>

*Comedia dramática en tres actos, el tercero dividido en dos cuadros*<sup>2</sup>

Víctor Ruiz Iriarte

Óscar Barrero Pérez (ed. lit.)

El conocimiento de *Los pájaros ciegos*, obra de Víctor Ruiz Iriarte inédita hasta hoy, se limitó a unas pocas representaciones, en julio de 1948, en Valladolid y Santander. En ellas, según testimonió la prensa local, una parte del público mostró su disconformidad ante una obra que debió de parecerle muy distante de la amabilidad por la que acostumbraba a discurrir el teatro español de aquel tiempo<sup>3</sup>. ¿Explican tales reacciones el desapego de Ruiz Iriarte con respecto a esta especie de *hijo tonto* que a él mismo le pareció su drama? El mismo escritor pareció avalar dicha interpretación al escribir lo siguiente sobre *Los pájaros ciegos*:

Gustaba mucho a la crítica y a los que la hacían. Pero yo veía la reacción del público y no acababa de estar satisfecho. Quizá no esperaban eso de mí. Le pedí a Irene López Heredia, que era la intérprete, que no siguiera haciendo la obra. En una segunda ocasión, me llamó para decirme que disponía del hoy desaparecido

Fontalba y que quería poner *Los pájaros ciegos*. Volví a negarme y ella, por cierto, se enfadó un poco conmigo. Tampoco he permitido que se imprimiese. Me la reservo para, quizá, volver algún día sobre ella<sup>4</sup>.

Superada por él mismo su primera interpretación, que hacía recaer en Dicky, un disminuido físico aspirante a escritor, la responsabilidad del rechazo de un autor quizá reflejado en su personaje (García Ruiz 1987, 152), se ha aventurado, creo que con acierto, la existencia de un mecanismo de autocensura que posiblemente impulsaría al autor a reflexionar sobre la inconveniencia de internarse en el resbaladizo terreno del drama: «Aparentemente el autor prefirió no entrar en conflictos, renunciar a *Los pájaros ciegos*, y seguir adelante. Pudo influir la sensibilidad ante una crítica feroz, el temor a comprometer su carrera, o la resistencia a entrar en negociaciones y cesiones» (García Ruiz 1997, 131).

Ruiz Iriarte nunca se sintió satisfecho de esta obra que, de haberlo querido él, podría haberse representado y editado años después de su estreno, ya aflojadas las riendas de la censura. Que no se interesara en ello puede justificarse por razones estéticas pero también históricas. Por un lado, la obra dista de ser satisfactoria en cualquiera de sus versiones; por otro, Ruiz Iriarte encaminó su creación por la senda de la comedia y este drama hubiera sido una nota disonante en un contexto personal ya claramente definido.

Se conservan dos versiones básicas de la obra. No existe, que se sepa, constancia documental sobre cuál de ellas se representó, si bien la fecha del primero de los seis informes de los censores (27 abr. 1948), la de la resolución sorprendentemente aprobatoria (22 may. 1948) y la del estreno (1 jul. 1948) permiten conjeturar que Ruiz Iriarte dispuso de tiempo suficiente para reformar su drama y, siguiendo las recomendaciones del lector más benévolo del sexteto, limar aristas en el texto<sup>5</sup>. En cualquier caso, dado que incorpora

correcciones estilísticas, la versión definitiva no es el resultado exclusivo de los ajustes impuestos por las observaciones de los censores.

Sorprende que el autor pensara que un texto como ese pudiera sortear, limpio de polvo y paja, las barreras de la censura de 1948<sup>6</sup>. La homosexualidad de Dino y su dominio sobre Bobby; la pasión desbocada, casi animal, de la Duquesa y el revolucionario Tony; el suicidio de este; las tensiones políticas... Como mínimo estos cuatro aspectos, que son precisamente los destacados en su breve comentario por el censor eclesiástico, serían motivos suficientes para temer el rechazo de los informantes. «Relato profundamente inmoral», resume uno de ellos; «obra totalmente rechazable en su aspecto moral y político», afirma otro, para quien «la obra debe prohibirse ya que no admite [...] ninguna posibilidad de arreglo», juicio este coincidente con el de otro colega: «No admite arreglo a fuerza de supresiones pues la inmoralidad es todo en la obra».

Con censura o sin ella, *Los pájaros ciegos* es una obra imperfecta, aunque sin duda atípica en el panorama español de los años cuarenta, hecho este que le confiere un cierto valor histórico<sup>7</sup>. Se detecta en ella, sin embargo, algo de impostura: Ruiz Iriarte no parece sentirse cómodo con su ensayo de «comedia dramática», que tiene más de tremendista que de existencialista en un tiempo en que la poesía y la novela españolas se movían en una órbita oscilante entre la angustia grandilocuente y el exceso inverosímil.

En el argumento se imbrican dos historias paralelas, la política y la sentimental, en las que Tony, el marinero revolucionario, actúa como nudo. Los vaivenes de la intentona subversiva son conocidos por los pasajeros del yate y por la tripulación gracias a un aparato de radio que transmite los sucesos de un golpe de estado de opereta. Después de su fracaso, todo ha quedado reducido a tres historias de amor tópicamente sentimentales: la de un revolucionario enamorado de una noble, la Duquesa, que siente apagarse su juventud; la de una amiga suya interesada por un escritor maduro, y la de este, aún atraído por la Duquesa, de quien se enamoró en su juventud. Tres historias de amor en un solo yate; cuatro, si añadimos la homosexual. Añádase a estas líneas perpendiculares otra paralela pero igualmente melodramática, que relaciona a

la Duquesa con su hijo disminuido, a quien rechaza por motivos que a la censura disgustaron profundamente.

Quizá el problema de *Los pájaros ciegos* radique en la dificultad de que el espectador simpatice con unos personajes no precisamente amables, si exceptuamos quizá a Patricia. Raquel, mujer entrada en años y angustiada por la pérdida de su belleza, inspira rechazo por su egocentrismo y afán de dominio sobre los hombres. Eso por no hablar del desprecio hacia su hijo. La pasión de Tony hacia ella tiene unos motivos oscuros, oscilantes entre la pasión y el resentimiento de clase. Su amor es al mismo tiempo odio que se resuelve en venganza.

Marcelo Herbier es un oportunista, capaz de venderse al mejor postor, y no puede decirse que lo salve su amor idealista por Raquel. Su rivalidad con Dino Morelli no está, por otra parte, suficientemente explotada por el autor. La afición de Dino por el juego podría ser tolerable ante los ojos del censor; no así su solapada homosexualidad. Al margen de esto, es un personaje que no deja en buen lugar los principios éticos porque, según soplen los vientos de la revolución, en el yate se sitúa a babor o a estribor. La frívola Natalia es una enamorada de pacotilla cuyo amor de mujer despreocupada es difícil creerse. De Dicky únicamente sabemos lo que otros nos cuentan. Sus palabras, indirectamente reproducidas, son un islote de esperanza en el pesimista océano de la obra. Patricia, su hermana, es un personaje al servicio de Dicky y, como tal, está carente de sustancia dramática. La pareja de hermanos avanza la presencia, habitual en Ruiz Iriarte, de los jóvenes que oponen sus planteamientos a los de sus mayores.

La acumulación de elementos resulta excesiva para un autor teatral más amigo de la comedia que del drama: demasiados personajes atormentados, demasiados cruces amorosos, demasiados problemas políticos tratados de manera superficial. Incluso los parlamentos parecen faltos de la conveniente frescura de las réplicas teatrales. En este sentido, a los censores de *Los pájaros ciegos* debe reconocérseles no poca finura en el análisis estrictamente literario de la obra. Sus valoraciones en ese terreno no me parecen

reprochables. Uno de ellos habla de «insinceridad» y «efectismo». Otro considera «injustificada» la aparición de la monja y reprocha al autor que tome como modelo de la aristocracia «una corrompida, una decadente -y por ello parcial- representación de la misma. (Como el marinero es una cándida, vehemente, subjetiva interpretación del modelo revolucionario)». Es este el mismo censor que se ceba en el «estado de excitación y anormalidad» de los personajes. No me parece que le falte razón cuando afirma que «el desarrollo escénico está centrado en tres personajes y el resto constituye simplemente un lastre, cuando no una concesión» y que «el diálogo adolece de excesiva preocupación por la frase hecha, que, a veces, llega redonda, vulgar y reiterativa». Curioso resulta, en fin, el rechazo que este puntilloso censor siente hacia la música propuesta por Ruiz Iriarte para la ambientación de la obra. Poco original le parece aquella, y de nuevo debo dar la razón al informante, porque elegir «¡Ay, mamá Inés!», «Santa Lucía» y «Lilí Marlén» puede considerarse cualquier cosa menos original.

Dejemos constancia, para compensar las observaciones del párrafo anterior, del informe de otro censor, al parecer amante del género dramático. Seguramente por ese motivo saludaba «con alborozo la realización del Sr. Ruiz Iriarte», realización que consideraba «un cañonazo en el campo donde sólo don Jacinto Benavente se atreve a dispararlos». Se fijaba, sobre todo, en ese desenlace que presenta, según interpretaba el censor, la «victoria del amor maternal y filial sobre la pasión materialista y desbocada: del buen sentido moral y cristiano sobre el escepticismo». Muy buena voluntad, y muchas dosis de caridad, había que tener para interpretar de esa manera *Los pájaros ciegos*. Más perspicaz, otro censor escribía sobre el texto en su informe: «Deja en el ánimo del espectador un regusto agrídulce de efecto deprimente y demoledor».

*Los pájaros ciegos* fue un intento, ciertamente no logrado, de abrir un hueco al drama en el teatro español de la posguerra. Acaso un tanto desmoralizado por las reacciones de Valladolid y Santander, probablemente consciente ya de las dificultades con que cualquier drama tropezaría ante una censura más complaciente con el género comedia, Ruiz Iriarte dejó dormir su obra, en espera de tiempos mejores que, sin embargo, ya no llegarían para la pieza.

Seguramente él mismo era consciente de las imperfecciones de su obra y de la dificultad de mejorarla. El toque trascendente del parlamento de Marcelo, al final del primer cuadro del acto tercero, sobre la «humanidad enloquecida, perdida en medio del mar», no armonizaba ni con el sentir de Ruiz Iriarte, ni con su forma de entender el teatro, ni con su lógico deseo de conectar con el público. El lápiz rojo dañó seriamente este ensayo dramático de Ruiz Iriarte pero, al mismo tiempo, convenció al escritor de que su verdadero camino era la comedia. Por él transitaría en los años cincuenta, convirtiéndose en el autor de masas que hubiera sido imposible que fuera con obras como *Los pájaros ciegos*.

Óscar Barrero Pérez

*Universidad Autónoma de Madrid*

## Obras citadas

- García Ruiz, Víctor. *Víctor Ruiz Iriarte. Autor dramático*. Madrid: Fundamentos, 1987.
- ——. «Los mecanismos de censura teatral en el primer franquismo y *Los pájaros ciegos* de V. Ruiz Iriarte (1948)». *Gestos* 22 (1996): 59-85.
- ——. «Sociedad, prensa y autocensura en el franquismo: la frustrada recepción de *Los pájaros ciegos* de V. Ruiz Iriarte (1948)». *Gestos* 24 (1997): 119-133.
- Haro Tecglen, Eduardo. «Víctor o el optimismo». *El País* 15 oct. 1982: 30.
- ——. «La primera apertura». *Cuadernos de Música y Teatro* 2 (1988): 127-143.

Esta obra se estrenó en el teatro Lope de Vega, de Valladolid, la noche del 1 de julio de 1948, con el siguiente reparto:

PERSONAJES	ACTORES
LA DUQUESA RAQUEL.	IRENE LÓPEZ HEREDIA.
NATALIA.	ASUNCIÓN MONTIJANO.
PATRICIA.	MONTSERRAT CASAS.
SOR CATALINA.	MARÍA ROSARIO SORIANO.
MARCELO HERBIER.	ANTONIO PRIETO.
TONY.	ANTONIO DURÁN.

DINO MORELLI.	LUIS PORREDÓN.
EL CAPITÁN.	MIGUEL DE LLANO.
EL NEGRO BOMBÓN.	JOSÉ BERNAL.
BOBBY.	ADOLFO GALLO.
EL CAMARERO.	JOSÉ VILCHES.
MARINERO 1º.	JUAN ESCRIBANO.
MARINERO 2º. <sup>8</sup>	MIGUEL GRACIA.

La acción a bordo del «yacht» «Duquesa Raquel» durante una noche, y al día siguiente, en alta mar. En un verano de nuestra época.

△▽

## Acto I

A bordo del «yacht» «Duquesa Raquel», en viaje por el Mediterráneo, una noche del mes de agosto. Al fondo, detrás de la entrada<sup>9</sup>, con grandes ventanales a los lados que hacen casi transparente<sup>10</sup> la pared, la cubierta. Más lejos, a todo lo largo del foro, las líneas blancas de la borda. Allá, el cielo deslumbrante<sup>11</sup> de estrellas de la noche de estío. En el salón, a la derecha, hay una mesa redonda de regular dimensión, con servicio de bebidas. Destacan las botellas de whisky y el cubo de hielo del champán. Cerca de la mesa, un sillón de<sup>12</sup> rojo y oro, de diseño antiguo. También la alfombra del salón es toda roja<sup>13</sup>. En todo un lujo un poco sensual. Pendiente del techo, un gran farol. Las líneas y los colores de un «yacht» ultramoderno han sido graciosamente disfrazadas por un decorador con imaginación para dar a este interior el reminiscente encanto de una vieja embarcación<sup>14</sup> romántica. Y las notas<sup>15</sup> de confort surgen como graciosa anomalía<sup>16</sup>. Un mueblecito, a la izquierda, tiene un aparato de radio. Cerca un sillón cómodo. Una pequeña puerta de entrada a la derecha, hacia el interior. El piso de la cubierta se alza un<sup>17</sup>

peldaño sobre la alfombra del salón. En cubierta, cae risueño y tímido un rayo de luna.

(Antes de levantarse el telón, un acordeón preludia las primeras notas de una antigua canción<sup>18</sup> napolitana. Y al fondo<sup>19</sup>, en cubierta, aparecen el MARINERO 1º y el MARINERO 2º<sup>20</sup>, indolentemente asomados a la borda, de cara al mar. Otro Marinero, el NEGRO BOMBÓN, sentado en el peldaño de subida a cubierta<sup>21</sup>, toca dulcemente el acordeón, casi para sí mismo. El NEGRO, cuando habla, tiene un perezoso acento cubano. En el interior del salón, un CAMARERO dispone el servicio de bebidas en la mesa.)

NEGRO<sup>22</sup>.- (Muy fino.) Buenas noches, amigo.

CAMARERO.- ¡Hola, Bombón!

NEGRO.- ¿Hay fiestasita?

CAMARERO.- Todas las noches hay fiesta. La señora Duquesa, antes de retirarse, toma<sup>23</sup> aquí una copa de champán con sus invitados.

(El CAMARERO manipula en una botella. El NEGRO sigue atentísimo sus movimientos.)

NEGRO.- ¿Qué es eso, amigo?

CAMARERO.- Whisky.

NEGRO.- (Con los ojos en blanco.) ¡Whisky!<sup>24</sup> (Chasca la lengua.) ¿Dos deditos para Bombón?

CAMARERO.- (Ríe.) Tú sueñas. Van a venir los<sup>25</sup> señores.

NEGRO.- (Suplicante.) ¡Dos deditos!

CAMARERO.- ¡No!

NEGRO.- Uno, pues, entrañas negras.

CAMARERO.- ¡Toma! (Vierte whisky en un vaso y se lo da después de asegurarse de que están solos.)<sup>26</sup> ¡Condenado negro!

Cuando estés borracho empezarás a dar vivas a esto y a lo otro...  
Como siempre.

NEGRO.- ¡Ah!<sup>27</sup> Gracias, hermano.

CAMARERO.- Un día me comprometerás<sup>28</sup>.

**(El NEGRO, indiferente, vuelve a tocar en su acordeón. Una pausa<sup>29</sup>. De pronto, el MARINERO 1º se incorpora súbitamente.)**

MARINERO 1º- ¡Cuidado!

MARINERO 2º- ¡El Capitán!

**(Entra el CAPITÁN en cubierta. Uniforme blanco.)**

CAPITÁN.- ¿Qué hacéis vosotros aquí?

MARINERO 2º- Es nuestro turno de descanso, señor.

CAPITÁN.- Está bien. Pero no es este vuestro lugar. No quiero veros<sup>30</sup> por aquí. ¿Entendido?

MARINERO 1º- Sí, señor.

MARINERO 2º- ¡A la orden, señor!

**(Los dos MARINEROS saludan y se van.)<sup>31</sup>**

CAPITÁN.- ¡Vamos! ¡Bombón!

NEGRO.- **(Muy humilde.)** ¡Mi capitán! Aquí está Bombón para lo que mande.

CAPITÁN.- ¿Has bebido?

NEGRO.- **(Digno.)** Ni gotita, mi Capitán. ¡Palabra de Bombón!<sup>32</sup>

CAPITÁN.- ¡Fuera de aquí! ¡Vivo!

NEGRO.- Sí, mi Capitán<sup>33</sup>. ¡A la orden, mi Capitán!

**(Sale corriendo. El CAPITÁN entra en el salón.<sup>34</sup> El CAMARERO se acerca respetuosamente.)**

CAMARERO.- ¿Un coñac con soda, señor?

CAPITÁN.- No, gracias. Nada... Váyase; le llamarán si le

necesitan.

CAMARERO.- Como mande, señor.

(Sale el CAMARERO. El CAPITÁN, solo, gira distraídamente un mando de la radio, y de muy lejos llega una música ágil y dulce como una *czarda*. Se oye fuera una risa femenina y unas jubilosas voces masculinas. En seguida, en cubierta aparecen NATALIA, MARCELO y DINO. Ella es una mujer joven aún, elegante, frívola y suave. MARCELO, con su pelo gris, su voz serena, sus<sup>35</sup> ademanes reposados, y algo vivo en los ojos<sup>36</sup>, tiene el inconfundible aspecto del intelectual. DINO es un artista, el gran DINO MORELLI. Más joven<sup>37</sup> que MARCELO. Su atavío es de un inimitable y distinguido desaliño.<sup>38</sup> Los hombres visten etiqueta: «smoking» blanco. NATALIA viene dando el brazo a los dos. Llegan los tres riendo y en cubierta se detienen al descubrir al CAPITÁN en el interior.)

NATALIA.- ¡Miradlo! Ahí está.<sup>39</sup>

MARCELO.- ¡Hola! (Irónicamente alegre.) La soledad, un cigarrillo, una música sentimental... ¿Qué es esto, Capitán?<sup>40</sup>

NATALIA.- Romanticismo, Marcelo. El Capitán es un romántico. Me encanta el Capitán.

DINO.- ¡Natalia!

NATALIA.- ¡Ay! ¿He dicho alguna inconveniencia?

(Ríen todos.<sup>41</sup> NATALIA y DINO quedan en cubierta, apoyados en la borda, charlan y ríen; a veces, pasean. MARCELO ha bajado al salón y está junto al CAPITÁN.)

MARCELO.- De manera que<sup>42</sup> el «Duquesa Raquel» está mandado por un marino romántico.<sup>43</sup> (Ríe.) ¡Qué horror! Naufragaremos o nos haremos piratas...

CAPITÁN.- (Riendo.) ¡Oh!

MARCELO.- ¿Qué música es esa?

CAPITÁN<sup>44</sup>.- ¿No la reconoce? Es la radio de nuestra patria. Me gusta oírla cuando estoy<sup>45</sup> en alta mar...

MARCELO.- (Con indolencia y un gesto de fastidio.) Cierre<sup>46</sup> ese chisme... Gracias. No quiero pensar ahora en nuestra patria. Me pondría de muy mal humor.

CAPITÁN.- (Con una amable ironía.)<sup>47</sup> Pero usted habla así, «monsieur»<sup>48</sup>. ¡Nuestro gran escritor! ¡Nuestro gran patriota!

MARCELO.- ¡Oh! Yo soy un patriota de la geografía. Amo las montañas y los bosques y los ríos de<sup>49</sup> nuestra tierra, pero me fastidian los hombres, que se están poniendo molestísimos... Cualquiera noche oiremos por ese aparato una noticia espantosa. El asesinato del rey, una revolución, qué sé yo. Nuestro pequeño país es una pequeña Humanidad partida en dos bandos que se odian a muerte. A un lado el rey con sus aristócratas, con sus poetas, y esa parte del pueblo viejo que<sup>50</sup> le sigue. Al otro<sup>51</sup>, un partido revolucionario que avanza día a día, con sus jefes ambiciosos<sup>52</sup> y también con sus poetas, porque hay poetas para todos...

CAPITÁN.- ¿Quién ganará la partida?<sup>53</sup>

MARCELO.- No lo sé, Capitán<sup>54</sup>. Cuando alguna de estas noches sorprende en los ojos de un marinero una chispa que brilla como un diamante, bien sé lo que significa. ¡Es el odio!<sup>55</sup> Y es tan triste ese odio. Es triste y sucio. El odio es el único sentimiento humano que no admite la frivolidad. Y yo ya<sup>56</sup> no creo en nada que no admita un poco de frivolidad...<sup>57</sup>

CAPITÁN.- Me gusta oírle, «monsieur»... Es usted muy original.

MARCELO.- Quizá. (Pensativo.) Pero, a veces, como soy un hombre, también odio un poco. Este barco de la Duquesa Raquel, en alta mar, rumbo a la isla de Capri, en viaje de placer, no es más que una prolongación de nuestra patria con sus rencores y sus tragedias<sup>58</sup>. Acepté con toda alegría la invitación de Raquel para este crucero con la ilusión de evadirme un poco de todo

aquel dolor... Pero es inútil. Aquí, a bordo, nos hemos vuelto a encontrar: ellos y nosotros. Todos somos los mismos. Esos marineros, esos criados son hermanos de las gentes que allá son nuestros enemigos... **(Transición. Una sonrisa.)** Por cierto, ¿he dicho antes que el odio en los ojos de los marineros brilla como un diamante?

CAPITÁN.- **(Sonríe.)** Exactamente...

MARCELO<sup>59</sup>.- Es curioso. No puedo negar que soy el escritor predilecto de las clases aristocráticas. Un colega mío del partido revolucionario diría que<sup>60</sup> el odio reluce como la hoja de una navaja... Pero no me negará usted que<sup>61</sup> mis colegas revolucionarios son bastante ordinarios.

CAPITÁN.- **(Ríe.)** ¡Siempre el escritor! ¡Siempre el artista!

MARCELO.- ¿Un poco de whisky, Capitán?

CAPITÁN.- ¡Naturalmente!

MARCELO.- **(Sonríe.)** Le advierto que estoy muerto de curiosidad...

CAPITÁN.- ¿De veras?

MARCELO.- Sí... Raquel nos ha convocado en este salón para la una. Nos prepara una gran sorpresa.

CAPITÁN.- ¡Ah! ¡Qué sensacional!

MARCELO.- Dentro de unos minutos Raquel aparecerá aquí vestida<sup>62</sup> con el traje que ha ideado para que Dino Morelli pinte su retrato. Esa es la sorpresa. Ni siquiera Dino sabe cómo será ese traje... **(Ríe.)** Ya sé, ya sé que Dino Morelli no<sup>63</sup> le es a usted simpático.

CAPITÁN.- ¡Chist!<sup>64</sup>... Por favor... ¡Que no le oiga!<sup>65</sup>

MARCELO<sup>66</sup>.- ¡Pobre Capitán! Es usted nuevo en el mando del «yacht» y aún nos conoce poco... ¿Por qué no quiere usted a Dino?<sup>67</sup> Bueno, ya sé. No le perdona usted su amistad con ese marinerito<sup>68</sup> que le roba el dinero a los dados... ¿Es eso?

CAPITÁN.- Creo que es repugnante, «monsieur».

MARCELO.- **(Ríe.)**<sup>69</sup> ¡Ay, amigo mío! Es usted demasiado moral<sup>70</sup>. Olvida usted que Dino Morelli es un gran artista. Y lo que en un hombre vulgar sería vicio en un gran hombre es una debilidad que hasta tiene gracia... Por lo menos esta es la teoría que han inventado los grandes hombres con debilidades. Y la Humanidad la cree a<sup>71</sup> ciegas, como cree todas las tonterías que no entiende. Lo curioso es que los mejores cuadros de Dino son retratos de mujeres. ¿Qué le parece? El secreto está en que no siente por ellas, sino con ellas.

**(En este momento, en cubierta, NATALIA ríe sonoramente. Se coge del brazo de DINO y desaparecen los dos.)**

Mire usted. Natalia dice que<sup>72</sup> está enamorada de mí, pero quien realmente la divierte es Dino<sup>73</sup>. No hay más que verlos...

CAPITÁN.-<sup>74</sup> ¿Son celos?

MARCELO.- **(Muy serio.)** ¡Oh, no!... Desde hace veinte años trato de enamorarme de Natalia pero aún no lo he conseguido... Y cuidado que Natalia tiene todos los encantos. Además de millonaria, es muy poco inteligente. **(Ríe.)** Y hasta tenemos el mismo destino de invitados casi permanentes de la Duquesa Raquel.

CAPITÁN.- **(Risueño.)** ¿Está usted enamorado de la Duquesa, «monsieur»?

MARCELO.- **(Con otro tono.)** Naturalmente, Capitán... ¿Cómo puede usted dudarle? Ella sí es una gran mujer... Y una gran señora. **(Un silencio. Un cigarrillo.)** ¿Cuándo llegaremos a Capri, Capitán?

CAPITÁN.- Mañana. A mediodía, quizá.

MARCELO.- **(Sonríe.)** Ya quiero verme allí, en la casita vieja de la Duquesa... Es tan hermoso aquel rincón. Allí, unos días de descanso, para que Dino Morelli pinte el retrato de Raquel, y

luego, ¡a la mar otra vez! ¡A la Costa Azul! Y ante los millonarios y los aristócratas de la Riviera, Raquel con su escolta de invitados ilustres conseguirá<sup>75</sup> una vez más la gran ilusión de su vida: ¡deslumbrar!

CAPITÁN.- (Suave.)<sup>76</sup> ¿Puedo hacer una pregunta?

MARCELO<sup>77</sup>.- Claro que sí... Diga usted, Capitán.

CAPITÁN.- ¿Eso es todo en la vida de la duquesa?

MARCELO.- (Con tibia melancolía.) Casi todo...

CAPITÁN.- ¿Y sus hijos? La chiquilla es encantadora. Pero sobre todo el pobre Dicky: ese muchacho enfermo que pasa en cubierta horas y horas entre su hermana y esa monja de la Caridad que le cuida.

MARCELO.- Para Raquel, ese hijo enfermo es una humillación, Capitán. Es como su propio fracaso. Es, además, la sombra de un mal recuerdo...

CAPITÁN.- ¿El difunto Duque?

MARCELO.- Sí. Fue un matrimonio desdichado. A veces creo que el pobre Dicky es la venganza que aquel hombre dejó al morir...

CAPITÁN.- ¡Qué horror!

**(Por la cubierta pasa ante MARCELO un MARINERO. Es TONY. Cruza de derecha a izquierda y desaparece. MARCELO le sigue con la mirada.)**

TONY.- ¡Buenas noches, señor!

MARCELO.- ¡Buenas noches, muchacho! (Sale el marinero.)  
¿Quién es este hombre, Capitán?

CAPITÁN.- Es Tony. Uno de mis mejores marineros.

**(MARCELO baja y se reúne en el salón con el CAPITÁN.)**

MARCELO.- ¡Ah! (Pensativo.) Decididamente hay que aceptar

la literatura revolucionaria. El odio reluce como una navaja al sol...  
Lo he sentido cuando ese hombre me ha mirado.

CAPITÁN.- Es un mozo extraño... Se cuentan de él muchas historias. **(Sonríe.)** La última es la más interesante. Parece que Tony está enamorado de la Duquesa.

MARCELO.- ¿Es posible?

CAPITÁN.- Como lo oye, «monsieur». Sus camaradas le gastan bromas, y claro, todo ha llegado a mis oídos... **(Sonríe.)** Para usted, que ha escrito tan bellas novelas, ¿no resulta interesante esta historia romántica del marinero enamorado en secreto de la gran Duquesa?

MARCELO.- ¿Cree usted que Raquel lo sabe?

CAPITÁN.- ¿Quién podría decirlo? Pero es tan difícil que el deseo de un hombre pase inadvertido para una mujer como la Duquesa...

MARCELO.- ¡Ah! Dice usted verdad. Puede ser una historia muy interesante... **(MARCELO sube lentamente a cubierta. Mira al cielo un instante y se vuelve sonriendo al CAPITÁN.)** ¡Qué maravillosa noche! El mar, el cielo, las estrellas... ¿Cree usted en los poetas, Capitán?

CAPITÁN.- ¡Y me lo pregunta usted! ¡Un poeta! Claro que creo.

MARCELO.- Allá usted. Yo no.

CAPITÁN.- Pero, «monsieur» Herbier. ¿En qué cree usted?

MARCELO<sup>78</sup>.- Creo en esto: en el cielo, en las estrellas, en el mar. Pero no creo en los hombres... Cuando miro a una estrella, el Emperador del Japón me parece una cosa profundamente cómica...

CAPITÁN.- **(Ríe.)**<sup>79</sup> Verdaderamente, ¡es usted divertido, «monsieur» Herbier!

**(Aparece NATALIA en la cubierta y baja al salón.)**

NATALIA.- ¡Ya estoy de vuelta! Hace una noche mágica...

CAPITÁN.- ¡Bienvenida, «mademoiselle»!

NATALIA<sup>80</sup>.- Vengo enfadadísima. Los marineros están insoportables...

CAPITÁN.- ¿Qué ha ocurrido, «mademoiselle»?

NATALIA.- ¡Puaf! ¡Qué asco! Gentuza. He pedido al negro<sup>81</sup> que toque en su acordeón una canción napolitana y se ha negado. ¡El muy grosero! Claro que la culpa es mía, porque cuando me pongo sentimental lo confundo todo<sup>82</sup>: la luna, los negros y las canciones napolitanas...<sup>83</sup>

MARCELO.- ¡Admirable! Eres un encanto, Natalia.

NATALIA.- No te burles. Ya sabe todo el mundo que yo soy una sentimental... **(Transición.)** Esos marineros traman algo, Capitán. Yo les tengo miedo. Esta tarde pasé al lado de un grupo, Tony estaba en medio y les hablaba. Cuando llegué yo se callaron de pronto, y no sabe usted cómo me miraron...

CAPITÁN.- No tema nada, «mademoiselle». Hay que saber tratar a esa gente<sup>84</sup>. Confíe en mí...

NATALIA.- ¡Ay, Capitán! Eso dice siempre el Poder en vísperas de revolución... De todas formas ese borrachín me ha dado la noche<sup>85</sup>. ¡Necesitaba yo tanto esta noche una canción napolitana!<sup>86</sup>

**(Ríen. Entra DINO por la cubierta.)**

DINO.- ¡Pronto! ¡Una copa de lo que sea! Me muero de sed.

NATALIA.- ¿Champán, Dino? Está en hielo.

DINO.- ¡Venga el champán!

NATALIA.- ¿Y tú, Marcelo?

MARCELO.- También.

NATALIA.- Y usted, Capitán. Y yo. Beberemos todos. En estas noches de agosto, el champán frío es una delicia. Yo no sé cómo

hay quien discute a Francia su derecho a ser gran potencia después de haber inventado el champán y el «pyjama». **(Habla mientras llena las copas que va distribuyendo entre los hombres.)** Toma, Dino. Y usted, Capitán. Toma, Marcelo. ¿Por qué no haces en mi honor un brindis de los tuyos?

DINO.- Hombre, sí.

CAPITÁN.- ¡Naturalmente, «monsieur» Herbiere!<sup>87</sup>

MARCELO<sup>88</sup>.- Encantado...

DINO.- Supongo que no irás a brindar por la virtud...

MARCELO.- **(Sonríe.)** No soy tan degenerado... **(Ríen. MARCELO mira afectuosamente a NATALIA.)**<sup>89</sup> Señores, me pongo triste cuando pienso en el porvenir. Prefiero brindar por el pasado...

NATALIA.- Delante de una mujer no me parece muy correcto...

MARCELO.- ¡Brindo por el día en que Natalia se ruborizó por primera vez!

**(Ríen. Y ella protesta.)**

NATALIA.- **(Ingenua.)** ¡Oh! Pero si me sigo<sup>90</sup> ruborizando... Soy una niña<sup>91</sup>.

**(Ríen.)**

¿O es que lo has dicho con mala intención?

**(Ríen ellos.)**

¡Ay!

DINO.- ¡Silencio! Ahora, yo.

**(Ríen los demás.)**

Ejem... ¡Silencio! Mis palabras no serán tan elocuentes como las de nuestro gran escritor internacional.

MARCELO.- ¡Gracias!

NATALIA<sup>92</sup>.- ¡Bravo! ¡Bravo!

DINO.- Yo, querido Capitán, solo sé pintar. Pero en honor a esta noche maravillosa voy a brindar por el Mediterráneo...

**(Ríen NATALIA y el CAPITÁN.)**

MARCELO.- Vulgarísimo. ¡Qué espanto!

DINO.- Hombre, no tanto. En uno de tus libros hablas mucho del Mediterráneo. Y dices cosas bonitas. El mar latino, el Mare Nostrum, el mar de Italia, de España y de Grecia. ¿Eh? Todo eso. Claro que me refiero al libro que has escrito después de la guerra a favor de los ingleses, no al que escribiste antes de la guerra en elogio de Mussolini....

TODOS.- ¡Oh!

**(MARCELO se pone en pie contrariadísimo.)**

MARCELO.- ¡¡Dino!! No me gustan esas impertinencias.

CAPITÁN.- Por favor, señores.

NATALIA.- Has dicho una grosería. Eres insufrible.

DINO.- ¡Caramba! Perdóname, querido Marcelo. No he querido ofenderte. Pero si después de todo, no sabes por cuál de los dos libros te van a dar el Premio Nobel... Lo único seguro es que te lo darán.

MARCELO.- **(Transición.)** ¿Tú crees?

**(Ríen todos. Y<sup>93</sup> MARCELO también.)**

NATALIA.- ¡Silencio! Ahora, yo.

MARCELO.- ¡Hola!

NATALIA.- ¡Sí, sí! Otra copa, Capitán. Claro que, pobre de mí... Estas cosas me ponen muy triste. **(Suspira.)** Casi todas las tonterías que hice en mi vida las hice con una copa de champán

en<sup>94</sup> la mano.

DINO.- (**Asustado.**) ¡Natalia! No sabía que te hubieras dado a la bebida con tanta frecuencia.

(**Risas.**)

NATALIA.- ¡Ayyy! Marcelo, Dino me insulta<sup>95</sup>.

MARCELO.- ¡Dino, querido Dino! No interrumpas más... Y te ruego que no vuelvas a beber. Continúa, Natalia.

NATALIA.- Sí, sí... Voy a brindar de una manera clásica<sup>96</sup>. Los argentinos dicen: ¡Felicidad! Los españoles: ¡Va por ustedes! Los alemanes decían: ¡Prossit!

MARCELO.- No me parece muy discreto nombrar ahora a los alemanes.

DINO.- Hombre, en alta mar...

NATALIA.- ¡Pobrecitos! Yo les guardo un gran cariño. Mi primer amor fue un alemán. (**Suspira.**) Era rubio y tierno, como un melocotón maduro...

MARCELO.- (**Con admiración.**) Es curiosa la imagen que guardan las<sup>97</sup> mujeres de su primer amor... Un melocotón.

DINO.- ¡Natalia! No creo que sea correcto recordar a tu primer amor en presencia de Marcelo...

NATALIA.- No tiene importancia. Marcelo lo sabe todo.

MARCELO.- (**Amable.**) Casi todo... Hasta su último amor que, según ella, soy yo, conozco toda su<sup>98</sup> vida por entero. No es muy brillante... Pero de todas maneras, hija mía, confía en el futuro. Yo no quiero ser el último amor de tu vida. Ya sabes que no soy egoísta.

(**EI CAPITÁN y DINO ríen. NATALIA se desespera cómicamente.**)

NATALIA.- ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! ¡Cínico! No puedo oírlo.

MARCELO.- ¡Natalia!

NATALIA.- ¡Déjame! ¡No quiero verte, no quiero verte!<sup>99</sup> ¡Qué desgraciada soy!

MARCELO.- ¡Dios mío!

NATALIA.- ¡Malvado!

MARCELO.- ¡Natalia, por Dios! Mira la cara del pobre Capitán; debe ser<sup>100</sup> espantosa la opinión que le merecemos.

NATALIA.- ¿De veras, Capitán?

**(Risas. El CAPITÁN los mira a todos y sonrío.)**

CAPITÁN<sup>101</sup>.- El Capitán se siente deslumbrado frente a los hermosos ojos de «mademoiselle» Natalia.

NATALIA.- ¡¡Oh!! ¿Oyes, Marcelo?

MARCELO.- ¡Ojo, Capitán! Natalia es muy impresionable. Mañana puede usted ser su último amor.

NATALIA.- **(Indignadísima.)** ¡Sinvergüenza!

**(Risas. El CAPITÁN alza su copa.)**

CAPITÁN.- ¡Señores! Yo también reclamo mi brindis. Estoy seguro de que es el de todos. ¡Por la Duquesa Raquel!

TODOS.- Por la duquesa Raquel...

**(En este instante aparecen en el fondo, sobre cubierta, dos MARINEROS. Cada uno lleva en alto un regio candelabro dorado con bujías encendidas. Avanzan y se sitúan a los lados de la entrada al salón. Un MARINERO anuncia.)**

MARINERO 1º.- ¡La Duquesa Raquel!

**(NATALIA, MARCELO y DINO y el CAPITÁN, suspensos, vuelven los ojos hacia el fondo.)**

TODOS.- ¿Eh?

(Y surge, allá entre los dos candelabros, la DUQUESA RAQUEL. Viste un traje negro de gran dama del siglo XVII, con amplio vuelo en las faldas, corpiño apretado y cintura inverosímil. En torno a la garganta un rico cuello rizado, de gorguera, blanco. Del tocado casi imperceptible cae con gracia una punta sobre la frente. Manos enguantadas. RAQUEL alta, esbelta, toda primor y majestad, es como una maravillosa evocación, lindamente estilizada, de un lienzo antiguo.)

RAQUEL.- (Inmóvil, en el umbral, alza una mano graciosamente.) ¡«Voilà»!

NATALIA.- Raquel...

MARCELO.- Raquel...

DINO.- Raquel...

(Muy bajo los tres, muy impresionados. Un levísimo silencio.)

NATALIA.- ¡Impresionante!

DINO.- ¡Es asombroso!

MARCELO.- No tengo más que una palabra: ¡Majestad!

RAQUEL.- (Bajo.) ¿Te gusta tu modelo, Dino?

(RAQUEL sonrío. DINO da un paso hacia ella exaltadísimo.)

DINO.- ¡No te muevas! Así, esa misma sonrisa. Esa mano... Te pintaré así. Mirando a lo lejos, a un horizonte infinito. Esos candelabros... Y al fondo, ese<sup>102</sup> cielo con estrellas. ¿Qué decís? ¿No es prodigioso? Mi obra será un Van Dick. ¡Más! Un Velázquez, como el de la Reina de Hungría. No, no. Será muchísimo mejor que Velázquez y Van Dick. ¡Oh, Raquel! Ese traje. ¡Qué hallazgo! ¿Cómo se te ha ocurrido? ¡No hubiéramos encontrado nada mejor! Tienes alma de artista. Gracias, Raquel, gracias.

(Va hacia ella, le toma las manos y se las besa. RAQUEL ríe

gozosa.)

MARCELO.- Tenía usted razón, Capitán. ¡Por la Duquesa Raquel! ¡Por la eternidad!

TODOS.- ¡Bravo! ¡Bravísimo!

(Aplauden. RAQUEL, riendo contenta y halagada, baja al salón. Los otros la abren paso y después la rodean. Los MARINEROS cruzan, dejan los candelabros sobre la mesa redonda y se van por el fondo a cubierta. Desaparecen.)

RAQUEL.- Gracias, gracias. Sois unos locos. ¡Mis queridos locos! Bueno, basta, basta ya. Por favor. Es demasiado. Haréis que me ruborice. ¡Y mientras, me ahogo! ¿Nadie me ofrece una copa de champán? ¡Miserables!

(Corren todos a la mesa. Ella ríe.)

TODOS.- ¡Oh!

DINO.- ¡Una copa!

MARCELO.- ¡Champán!

NATALIA.- ¡Una copa para Raquel!

RAQUEL.- (Riendo.) ¡Una! ¡Una sola, por favor! (Bebe. Los mira de uno en uno, y ríe.) Gracias... Es un disfraz. Lo llevó mi madre, hace muchísimos años, a un baile de Palacio.

MARCELO.- ¿Qué dices? Ese vestido no es un disfraz. Eres tú, Raquel, que sin dejar de ser nuestra Raquel, has vuelto a ser una de aquellas princesas de tu familia que pintó Rubens hace tres siglos. No, Raquel. Estas galas no son un disfraz. Es que te has vuelto a vestir así.

RAQUEL.- (Tendiéndole la mano.) Eso es muy bonito. ¡Siempre el poeta! Gracias, Marcelo. Vas a emocionarme...

DINO.- ¡Necesito un título para mi cuadro! ¡Ayudadme!

NATALIA.- ¡Una dama antigua! ¿Te gusta?

MARCELO.- ¡No! Yo llamaría al retrato de Raquel «La aristocracia».

RAQUEL.- **(Encantada.)** ¡La aristocracia! Es maravilloso.

DINO.- **(Entusiasmado.)** ¡Así será! Ya veo los periódicos... ¡La aristocracia, de Dino Morelli! ¡La sensación de París, en el otoño!

NATALIA.- ¡Dino! ¿Tú crees que tu cuadro será mejor que los de Picasso?

DINO.- **(Enfadado.)** ¡Mis cuadros siempre son mejores que los de Picasso!

NATALIA.- ¡Ay! **(Azarada.)** Quiero decir que este cuadro te hará más célebre que Picasso.

DINO.- ¡Yo soy más célebre que Picasso!

NATALIA.- ¡Ay!

**(Risas.)**

MARCELO.- Si sigues nombrando a Picasso te recogeremos del fondo del mar...

DINO.- ¡¡Capitán!!

CAPITÁN.- ¡«Monsieur»!

DINO.- ¡El barco a toda máquina! Hay que llegar pronto a Capri. Necesito ponerme a pintar.

RAQUEL.- **(Ríe.)** Pero, Dino, ¿vas a volverte loco?

DINO.- ¡No puedo más! Te veo y siento la necesidad de dibujar. Me voy a mi camarote. Quiero hacer un apunte de la composición tal como la veo en este momento. Buenas noches, Raquel. **(La besa la mano efusivamente.)**

RAQUEL.- ¡Dino!

DINO.- ¡Adiós! ¡Perdonadme! Hasta mañana.

**(Y se va corriendo por la cubierta. Desaparece. Los otros le ven ir con gesto risueño.)**

CAPITÁN.- ¡Va loco!

RAQUEL.- Es un chiquillo.

MARCELO.- ¡Es un artista!

NATALIA.- A mí me encantan estos momentos de exaltación de los artistas. Son interesantísimos<sup>103</sup>. ¡Me gustan los artistas!

MARCELO.- Pero, Natalia, querida...

NATALIA.- ¿Tú crees, Raquel, que Dino se ha enfadado por lo de Picasso?

RAQUEL.- Querida Natalia. Nunca compares a un artista con otro, si el otro no ha muerto. Figúrate. Marcelo no tolera que se le compare más que con Shakespeare. Con Shakespeare, sí. Con Shakespeare es muy amable.

MARCELO.- Así es, así es.

**(Se ríen<sup>104</sup>. En la cubierta irrumpe PATRICIA. Es una muchacha casi adolescente de ojos claros, melena suelta y boca muy alegre. Viste amplios pantalones blancos y un jersey azul con los brazos al aire.)**

PATRICIA.- ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra, mamá!

RAQUEL.- ¡Hija mía!

MARCELO.- ¡Hola!

PATRICIA.-<sup>105</sup> Me lo ha contado Dino después de darme un empujón que casi me tira al agua... Pero mamá, ¡si pareces una reina!

RAQUEL.- ¡Oh!<sup>106</sup> ¿Lo crees tú?

PATRICIA.- ¡Digo! Estás imponente. **(Ríen todos.)** Dame un beso. Fíjate, Marcelo. ¿Verdad que<sup>107</sup> tengo una madre sensacional?

MARCELO.- Yo me niego a responder si no me saludas como merezco...

PATRICIA.- Anda, tú. No seas cascarrabias. **(Le ofrece la**

frente, que él besa mientras los otros ríen.) Por cierto, tengo que regañarte. Estuve esta tarde hablando con la pobre Natalia. ¡La tienes chiflada, chico!

NATALIA.- (Un grito.) ¡Ay, ay, ay! ¡¡Patricia!!

(Todos ríen.)

RAQUEL.- ¡Patricia!

PATRICIA.- ¡Toma! Ya metí la pata. Perdona, Natalia. No te había visto<sup>108</sup>. Pues mira que si llego a decir lo del acordeón...

NATALIA.- ¡¡No!! ¡¡Eso, no!!<sup>109</sup>

MARCELO.- (Curiosísimo.) ¡Hola!<sup>110</sup> ¿Y qué es lo del acordeón?

NATALIA.- (Nerviosísima.) ¡Cállate, Patricia!

PATRICIA<sup>111</sup>.- Pero si no tiene importancia. Como Natalia es así, tan romántica...<sup>112</sup>

NATALIA.- ¡Ay!

PATRICIA.- Pues ha contratado al negro del acordeón<sup>113</sup> para que, cuando tú paseas con ella por cubierta a la luz de la luna, toque canciones sentimentales... Dice que es la<sup>114</sup> música de fondo.

NATALIA.- ¡¡Ay!! ¡Infame!

(Todos ríen.)<sup>115</sup>

PATRICIA.- (Suspira.) Creo que da resultado. Por lo visto los dos os emocionáis muchísimo. Me lo ha dicho Natalia.

MARCELO.- (Aterrado.) ¡Santo Dios!<sup>116</sup> ¿De manera que cuando se le saltan las lágrimas y me coge las manos...?

PATRICIA.- ¡Es el acordeón!

MARCELO.- ¡Qué espanto!

(Ríen los demás.)

NATALIA.- ¡Oh! No te lo perdonaré jamás... ¡¡Jamás!!<sup>117</sup>

(Indignadísima, sale a cubierta, va a la borda. PATRICIA ríe de buena gana. RAQUEL, con el CAPITÁN, sube al lado de NATALIA.)

RAQUEL.- ¡Patricia!<sup>118</sup> Natalia se ha ofendido. ¡Pobre Natalia!

CAPITÁN.- «La petite demoiselle est terrible»<sup>119</sup>...

(En cubierta RAQUEL, NATALIA y el CAPITÁN hacen mutis paseando despacio. NATALIA muy enfadada. En el salón, MARCELO y PATRICIA se miran y rompen a reír.)

MARCELO.- ¡Eres diabólica!

PATRICIA.- «My darling»... Estaba deseando quedarme sola contigo.

MARCELO.- ¿De veras?

PATRICIA.- Traigo para ti un recado<sup>120</sup> de mi hermano. Dicky quiere más libros.

MARCELO.- ¿Más libros? No. Ese muchacho lee demasiado<sup>121</sup>. El doctor dijo...

PATRICIA.- (Imperiosa.) ¡Qué sabe el doctor! Los libros son la única vida del pobre Dicky...<sup>122</sup> Tiene una imaginación... Si mi hermano no estuviera enfermo hubiera sido un gran<sup>123</sup> escritor como tú.

MARCELO.- (Con ternura.) Sí, pequeña. Mejor que yo.

PATRICIA.- (Ingenua.) Eso creo yo.

MARCELO.- ¡Caramba!

PATRICIA.- A sor Catalina y a mí, Dicky nos habla de lo que lee, y de lo que piensa y sueña, que también parecen cosas bonitas de un libro...<sup>124</sup> A la monjita se le saltan las lágrimas de oírle. Le quiere mucho, y le entiende. Ella también escribe unos versos lindísimos.

MARCELO<sup>125</sup>.- ¡Ah! ¿Sí?

PATRICIA.- Sí, sí. También son mejores que los tuyos.

MARCELO.- ¡Caramba, hijita! No puedes negar que me admiras... Estoy emocionadísimo.

PATRICIA.- Te diré. Los versos de «ma soeur» son poesías al campo, a las flores, a Dios. De esos que riman, no como los tuyos<sup>126</sup>. Los tuyos no son para señoritas...

MARCELO.- ¡Hola! ¿Y cómo lo sabes tú?

PATRICIA.- ¡Oh! Tus versos eran el tema favorito de la profesora de literatura del Internado.

MARCELO.- **(Complacidísimo.)** ¡Ah!

PATRICIA.- Una vieja solterona, pedante y cursi, con una nariz así, y unas gafas. Parece que todavía la estoy viendo. **(Pasea y hace la caricatura con muchísimo donaire.)** ¡Señoritas! Vamos a estudiar la obra de una de nuestras primeras glorias nacionales... La poesía de Marcelo Herbier.

MARCELO.- **(Absolutamente feliz.)** ¡Ah! Magnífico...

PATRICIA.- **(Transición.)**<sup>127</sup> Si la pobrecilla hubiera sabido que a la gloria nacional le tiro yo de las orejas cuando me da la gana... **(Y de verdad, pega una carrera y tira con fruición de las orejas de MARCELO.)**

MARCELO.- ¡Socorro! ¡Socorro!

PATRICIA.- ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

MARCELO.- ¡Ay! ¡Ay!

**(La muchacha, en una brusca transición<sup>128</sup>, se abandona en los brazos de MARCELO y rompe a llorar.)**

PATRICIA.- ¡Marcelo!

MARCELO.- Patricia, hija mía. ¿Qué es esto? Lloras, ríes. ¿Qué te ocurre?

(La muchacha calla. Él le acaricia<sup>129</sup> el cabello.)

¿No quieres decírmelo?

PATRICIA.- Marcelo, Marcelo. ¿Tú crees que algún día se pondrá bueno Dicky?

MARCELO.- **(Emocionado.)** Quizá. El doctor ha dicho a tu madre que hay que esperar...<sup>130</sup> El aire de Capri sentará bien a tu hermano. Le quieres mucho, ¿verdad?

PATRICIA.- ¡Con toda el alma<sup>131</sup>! **(Reconcentrada.)** Si Dicky mejorara, ella también le querría.

MARCELO.- ¿Quién?

PATRICIA.- ¡Mamá!

MARCELO.- ¡Oh!

PATRICIA.- ¡Mamá no quiere a Dicky!

MARCELO.- ¿Qué dices, chiquilla?

PATRICIA<sup>132</sup>.- No, no le quiere... Tú lo sabes. Y el pobre Dicky la adora. La quiere tanto que no la quiere como es, sino como él cree que es... **(Con un poco de rencor.)** Mamá hubiera querido con toda su alma a un hijo fuerte del que pudiera estar orgullosa...<sup>133</sup> A ese, sí, le hubiera querido.

MARCELO.- Calla, calla.

PATRICIA.- Su orgullo no la deja querer a un hijo desgraciado. ¡Dios mío! Y es tan fácil querer con locura al pobre Dicky. Por eso: porque es<sup>134</sup> débil y desgraciado....

MARCELO.- **(La acaricia y sonrío.)** A veces, cuando te oigo me parece mentira que seas hija de la Duquesa Raquel...

**(Surge RAQUEL en cubierta.)<sup>135</sup>**

RAQUEL.- ¡Patricia! Ven aquí.

PATRICIA.- ¡Mamá! ¡Qué guapa estás!

RAQUEL.- ¡Loca, más que loca! Has enfadado de verdad a la

pobre Natalia.

PATRICIA.- Quia. No lo creas. Ahora, cuatro mimos, un beso, y ya está. Voy a su camarote.

**(Ríen.)**

Me parece que me va a hacer confidencias...

**(Arroja un beso al aire para los dos y desaparece corriendo por la cubierta. MARCELO y RAQUEL la ven salir con una sonrisa. Luego, RAQUEL, sin bajar todavía, enmarcada su figura por la entrada, se vuelve a MARCELO y sonrío; este, desde el salón, la contempla complacido.)**

RAQUEL.- ¿Solos?

MARCELO.- ¡Sí!

**(Un silencio. RAQUEL sonrío.)**

RAQUEL.- ¿Te gusto?

MARCELO.- Te adoro.

RAQUEL.- ¡Oh!

MARCELO.- ¿Estás contenta?

RAQUEL.- Sí. **(Entra lentamente.)** ¿No tienes nada más que decirme?

MARCELO.- Desde hace veinte años te digo todos los días que te adoro, pero es inútil...

RAQUEL.- **(Ríe.)** ¡Oh!

**(MARCELO se acerca a ella sonriente.)**

MARCELO.- Raquel, mi adorada Raquel<sup>136</sup>. ¿Por qué te has vuelto a vestir así?

RAQUEL.- **(En voz muy baja después de una pausa.)** Porque tengo miedo, Marcelo.

MARCELO.- ¡Miedo tú!

RAQUEL.- ¡Sí! Me da miedo ese retrato que va a pintar Dino Morelli<sup>137</sup>. Dino, con todos sus defectos, es un genio, tú lo sabes<sup>138</sup>. Es posible que cuando yo muera, pasados los años, para la eternidad yo solo sea aquella Duquesa que pintó Dino Morelli. Tengo ese presentimiento...<sup>139</sup> Las gentes inventarán una leyenda<sup>140</sup>, los poetas harán versos a la Duquesa Raquel... Por eso me he vuelto a vestir así: para que los poetas y las gentes de<sup>141</sup> mañana me vean como tú me ves ahora, como una antigua princesa que no tiene edad, como una gran dama. **(Un silencio.)** Hubiera sido maravilloso<sup>142</sup> que me vieran solo como una mujer hermosa. Pero es tarde.

MARCELO.- **(Sonríe.)** ¿Qué estás diciendo, Raquel? Eres muy hermosa. Lo serás siempre.

RAQUEL.- No... Calla, calla. A solas, te prohíbo la galantería. **(Está sentada en el gran sillón dorado. Cansada, se pasa una mano por la frente<sup>143</sup>. Una sonrisa.)** He sido muy bella, Marcelo. ¿No es verdad?

MARCELO.- ¡Oh, Raquel! ¡Qué loca!

RAQUEL.- **(Ensimismada.)** Sí, lo he sido<sup>144</sup>. ¡Cómo me han deseado! Fui la<sup>145</sup> reina de muchos sueños. He hecho felices a los que he amado. He sido envidiada y aborrecida, pero sobre todo he sido admirada. Este es el único triunfo en el que las mujeres ponemos el corazón...

MARCELO.- Ese triunfo es tuyo, como de ninguna. Lo tendrás siempre.

RAQUEL.- **(Sonríe. Se levanta y mientras habla va hacia el fondo.)** No... Se va. Tú no sabes con qué dolor presiente una mujer que pierde lo mejor de ella misma. La juventud, el encanto... Y ocurre de pronto, aprisa. Es como el crepúsculo de una tarde sobre el mar. Ni siquiera el espejo dice nada. Es el otro espejo el que habla, el verdadero espejo de las mujeres: los ojos de un

hombre. Esos ojos vuestros que, sin saber por qué, ya nos miran de otro modo. ¡Ya no desean, ya no sueñan! Y ese día, se acabó todo...

MARCELO.- ¡Raquel!

RAQUEL.- **(Con ira. Reconcentrada.)** ¿Y por qué? ¿Por qué pasa el tiempo? ¿Por qué es tan brutal el destino? ¿Por qué si la imaginación siempre es joven, y los deseos mortifican, y el corazón quiere amar, amar siempre? ¿Por qué?

MARCELO.- ¡Raquel!

**(Una pausa. Ella vuelve.)**

RAQUEL.- **(Con amargura.)** Es el tiempo. Los días y las horas que no vuelven... Ha pasado todo muy aprisa. He sufrido<sup>146</sup>.

MARCELO.- **(Con emoción.)** ¿No callarás?

RAQUEL.- **(Transición.)** ¡Por eso en Capri me pondré este vestido para que Dino pinte mi retrato! **(Con orgullo.)** ¡Voy a deslumbrar a los demás hasta después de muerta! Así, no soy una mujer: soy algo más. ¡Soy una raza! He recordado que en mí hay otra mujer... Y esa sí, será siempre la misma; es invencible. No se volverá vieja aunque tenga el cabello blanco... Esa mujer es la aristócrata, la Duquesa Raquel, tu princesa de Rubens. A ella será a la que Dino Morelli haga inmortal. Para ella serán los versos, las leyendas y los sueños... **(Sonríe con amarga melancolía.)** Ha sido un éxito realmente. Os ha impresionado mi porte, mi arrogancia, esta ropa antigua que tantas cosas evoca. Pero a ninguno de vosotros os ha venido a la garganta un grito: ¡Qué hermosa estás, Raquel! Ni siquiera tú, mi pobre enamorado romántico...

MARCELO.- Raquel...

RAQUEL.- **(Imperiosa.)** ¡Calla! **(Un silencio.)** Si tú supieras que fueron tus ojos de enamorado los que un día me anunciaron que llegaba ese crepúsculo...

MARCELO.- ¡Mis ojos! ¿Qué has podido ver en ellos que no sea amor, mucho amor? ¡Míralos! ¿Qué ves aún?

RAQUEL.- Veo ternura, cariño, lealtad, devoción...

MARCELO.- ¡El verdadero amor!

RAQUEL.- ¡No! El verdadero amor es el otro. La pasión, la violencia, la alegría y el tormento de desear... El verdadero amor se parece al odio. Eso es el amor para las mujeres como yo.

MARCELO.- ¡Raquel!

RAQUEL.- Es lástima que Dino no sea más viejo. Debí pintarme hace muchos años. Cuando yo era una chiquilla bonita y alegre que volvía locos a los hombres. ¿Recuerdas?

MARCELO.- ¡Oh! No podré olvidar nunca...

RAQUEL.- Aquella muchacha, la hija de un Duque, que se escapaba de las manos de sus profesores para refugiarse en el Barrio Bohemio en las buhardillas de los artistas y de los poetas.

MARCELO.- Eras prodigiosa. No he conocido otra mujer como tú. Desde entonces, te quiero. Debiste casarte conmigo, Raquel.

RAQUEL.- No... Si me hubiera casado contigo, hubieras dejado de quererme, y yo necesito que me adores toda la vida. Yo soy muy egoísta. Y tu amor es uno de mis egoísmos, querido adorador. **(Jugaba de espaldas a él, con la llama de una bujía. Ahora, risueña, se vuelve y le mira de arriba a abajo con alegre ternura.)** Tú también has cambiado mucho, Marcelo. ¿Quién reconocería, hoy, en el gran escritor de la Monarquía, a aquel otro Marcelo Herbie que en el Barrio Bohemio escribía unos tremendos versos anarquistas?

MARCELO.- **(Muy serio.)** A los cincuenta años, todos los poetas anarquistas son escritores al servicio de Su Majestad...

RAQUEL.- **(Sonríe.)** Eres un cínico delicioso.

**(MARCELO se acerca a ella y le coge las manos cariñoso.)**

MARCELO.- ¡Raquel!...<sup>147</sup> Creo que le robaré a Dino su retrato.

RAQUEL.- (Ríe.) ¡Oh!

MARCELO.- Lo llevaré a mi biblioteca, para mí solo. Cuando tú y yo seamos viejos, muy viejos, iremos juntos a contemplarlo. ¿Querrás? Y seguiré diciéndote que te adoro.

RAQUEL.- (Ríe.) ¡Loco! (Suelta sus manos. Se mira a sí misma. Da un paso ante él con deliciosa e involuntaria coquetería.) Pero, ¿de verdad me encuentras bien?

MARCELO.- (Suspira.) Tengo celos de la Humanidad futura.

RAQUEL.- (Ríe feliz.) Eres un encanto. (Y va al fondo. Se detiene ante la salida a cubierta.) ¡Qué noche! Debe de ser muy tarde...

MARCELO.- (La sigue.) No tengas prisa. Es nuestra hora. La madrugada... ¿No lo sabes? La hora de nuestros paseos en verano, a la orilla del mar, o bajo los árboles; la hora de nuestras charlas en invierno, junto a la chimenea de tu salón o de mi biblioteca. A esta hora, durante años y años, has ido dejando en mis oídos tus confidencias, tus dudas, tus secretos, toda tu intimidad de mujer. En esta hora durante media vida, has sido mía, mucho más mía que de cualquiera de los hombres que has amado...

RAQUEL.- Es cierto, Marcelo. (Un silencio.) ¡Y aún dices que por qué no me casé contigo! Para ti, tan artista, ¿no es esto más bello que un pobre amor vulgar?

MARCELO.- (La mira largamente y sonrío con melancolía.) Para mí, quizá. Pero para las mujeres como tú, no.

RAQUEL.- Buenas noches, Marcelo.

MARCELO.- Buenas noches, Duquesa Raquel.

(MARCELO la besa<sup>148</sup> una mano muy despacio y se va. Ella, hasta que él desaparece, le sonrío desde su sitio. Y luego, sola

en cubierta, su silueta junto a la borda se recorta en un maravilloso contraluz con la luna. Un rato ensimismada, mirando a lo más lejano. Y al fin, despacio, muy despacio, se va por el lado opuesto al que salió MARCELO. La escena está sola. Y al poco en cubierta aparecen TONY, BOMBÓN y tres o cuatro MARINEROS más. Vienen paseando lentamente, como siguiendo con los ojos la marcha de RAQUEL. Andan perezosamente. Unos pasean y otros se asoman a la borda. Mientras, en el salón, por la puertecita del interior ha entrado el CAMARERO. Apaga una a una todas las velas de los candelabros. Mira en torno, se ve solo, solo, está cansado y bosteza somnoliento. Con cierto aire de pereza va al aparato de radio y lo enciende. Llega apagada y lejana como al principio del acto una musiquilla que ahora puede ser una canción internacional de ritmo brasileño. El CAMARERO apaga el <sup>149</sup> conmutador de la luz. Y queda todo el salón en sombras. Solo la lamparita de la radio ilumina débilmente la pequeña zona en torno. De la cubierta viene el resplandor azul de la luna, de la noche estrellada. El CAMARERO se sienta en el sillón junto a la radio. Oye la musiquilla. Bosteza. Enciende un pitillo, indiferentemente. Se reclina en el respaldo del sillón, cierra los ojos, se le desprende el cigarrillo de los dedos que cae sobre la alfombra. Está dormido. De pronto, la música de la radio se corta en seco en medio de una frase musical. Y se oye lejana pero vibrante la voz de un locutor.)

VOZ DEL LOCUTOR.- ¡Atención! ¡Atención!

(En cubierta, TONY, BOMBÓN y todos los demás oyen la voz y vuelven la cabeza. En silencio comienzan a entrar uno a uno en el salón, casi de puntillas, mientras la voz del locutor prosigue.)

¡Atención! Interrumpimos nuestra emisión para dar al país y al mundo una noticia sensacional...

**(Los MARINEROS se agitan.)**

TODOS.- ¿Eh?

TONY.- ¡Chist!<sup>150</sup> Callad.

**(Ya han llegado todos junto al aparato de radio. Se inclinan. Algunos se sientan en el suelo. La lucecita alumbra sus rostros expectantes.)**

VOZ DEL LOCUTOR.- El Partido Revolucionario ha tomado el Poder.

TODOS.- **(Un murmullo.)** ¡Oh!

TONY.- **(Imperioso.)** ¡Callad!

VOZ DEL LOCUTOR.- Desde hace unos momentos todo el país está en manos de la revolución. El Gobierno ha sucumbido y los ministros han sido encarcelados... ¡El rey ha huido!

MARINERO 1º.- Entonces era verdad. ¡Era hoy!

TONY.- ¿No os lo dije?

**(Durante las últimas frases, sin ruido, ha surgido RAQUEL bajo la luna de la cubierta. Ha escuchado y avanza.)**

VOZ DEL LOCUTOR.- ¡Ciudadanos! Es necesario que en esta hora de la revolución...

**(TONY cierra el aparato de radio y se incorpora. Los demás también, y se agrupan en torno a él.)**

TONY.- ¡No queremos saber más! ¡Ya es bastante!

**(Rumores en el grupo. Algunos con la voz en sofoco quieren hablar a un tiempo.)**

MARINERO<sup>151</sup> 2º.- ¡Callaos! ¡Puede oírnos el Capitán!

TONY.- ¡No importa! ¡El barco ya no tiene Capitán! **(Con ímpetu en la voz.)** ¡Ahora todo ha terminado! ¡Ya estamos frente a frente

la gran señora y yo!

RAQUEL.- (Suave.) Buenas noches, Tony.

(Todos se vuelven bruscamente. Suspensos. Ella desciende y avanza un paso.)

TONY.- (Muy bajo.) Ella...

RAQUEL.- ¿Me llamabas?

TELÓN

## Acto II

△▽

**El mismo decorado. Apenas media hora más tarde. Luz azul de la noche. Solo alguna lámpara encendida y el salón fumador está todo como envuelto en una niebla tibia. En el gran sillón dorado y rojo de la Duquesa está sentado el NEGRO BOMBÓN; toca al acordeón y, a sus lados, el MARINERO 1° y el MARINERO 2° le hacen coro cantando con él<sup>152</sup>. En primer término BOBBY, sentado en el suelo, sobre la misma alfombra, indolente, abstraído, maneja un cubilete y juega solo a los dados. El CAMARERO duerme a pierna suelta en el sillón cercano a la radio apagada. Todos los MARINEROS visten como en el acto anterior, de un modo análogo entre sí, aunque no igual: sus gorras blancas con viseras que casi todos llevan puestas, sus pantalones oscuros, sus botas cortas, llevan camisa azul, alguno un chaquetón, otro un jersey a listas, etc. Cuando se levanta el telón, el NEGRO y sus amigos cantan a media voz, como ya próximos a la embriaguez, al son del acordeón. Todo el cuadro con sus sombras, con su media luz, ha de tener algo de irreal, de pesadilla.**

NEGRO<sup>153</sup>.- ¡O-Key!

MARINERO 2°.- ¡O-key, Bombón!

MARINERO 1°.- ¡Bravo!

NEGRO.- Gracias, gracias, hermanos.

MARINERO 2°.- ¡Toma, Bombón! Un trago.

MARINERO 1°.- Un trago.

NEGRO.- Un trago.

(Beben.)<sup>154</sup>

MARINERO<sup>155</sup> 2°.- Me acuerdo ahora de mi mujer. ¡Oh, una gran

hembra! Tiene unos ojos y unas caderas...

MARINERO<sup>156</sup> 1º.- ¡Ah! ¡Sí?

MARINERO 2º.- **(Transición.)** Oye, tú. ¡Por qué me miras así? ¿Qué estás pensando? Cuidadito, ¿eh?<sup>157</sup>

NEGRO.- ¡Al cuerno las mujeres! Otra copa. ¡Bombón tiene sed! ¡Bombón quiere beber!

MARINERO 1º.- ¡Bravo! ¡Viva Bombón!

MARINERO 2º.- ¡No! Bombón, no.

NEGRO.- ¿Qué dices?

MARINERO 2º.- Bombón, solo, no. ¡¡Vivan todos los negros!!

LOS TRES.- ¡¡Vivan!!<sup>158</sup>

NEGRO.- **(Se relame.)** ¡Aaaah!... Me gusta el whisky de la Duquesa. Me gusta la revolución. Cuando todo acabe haré un viajesito a Cuba, y luego volveré a Argel, como un señorón. Estuve allí en la guerra. ¡Argel! Allí hay de todo... Se juega, se bebe. ¡Qué mujeres!

MARINERO 2º.- Te advierto que mi mujer...

NEGRO.- Pero, hermano, ¿es<sup>159</sup> que no sabes hablar más que de tu mujer?

**(Siguen hablando. Los otros cantan bajo. El CAMARERO duerme.**

**Entretanto en el fondo, en cubierta, aparece DINO. Se para en el umbral del salón entre asustado y decidido y busca a alguien con los ojos. Cuando distingue a BOBBY, baja y se dirige rápidamente hacia él. Se sienta a su lado, en el suelo, en silencio. El NEGRO y los suyos<sup>160</sup> beben y prorrumpen en grandes carcajadas.)**

BOBBY.- **(Muy bajo, sin mirarle.)** Has tardado.

DINO.- Ya estoy aquí, Bobby.

BOBBY.- Estaba seguro de que vendrías. **(Sigue jugando a los dados sin mirarle.)** Tú vendrás siempre adonde yo esté... ¿Traes dinero?<sup>161</sup>

DINO.- Sí...

BOBBY.- Juega.

DINO.- Sí, Bobby. Como tú quieras.

BOBBY.- ¿Doscientos francos?

DINO.- Doscientos...

NEGRO<sup>162</sup>.- Cantaba todas las noches «Lilí Marlén». Salía vestida con un vestido azul muy<sup>163</sup> ceñido, lleno de lentejuelas de oro. Tenía unos ojazos... Y un pelo rubio. Les gustaba a todos, pero ella estaba loca por mí.

**(Ríen los otros.)<sup>164</sup>**

MARINERO 2º.- Oye, ¿y qué harías si la volvieras a ver?

NEGRO.- ¡Hombre! Yo... te diré. **(Ríe.)** ¡Si la volviera a ver!

**(Ríe más. El otro se contagia de su risa y ríe también fuertemente.)**

¡Figúrate! ¡Si la volviera a ver!

**(Ríen más fuerte los tres juntos.)<sup>165</sup>**

¿Qué haría yo si la volviera a ver? ¡Ja! ¡ja! **(Les habla<sup>166</sup> al oído.)**

LOS TRES<sup>167</sup>.- **(Cogidos del brazo.)** ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

**(Ríen los tres casi<sup>168</sup> convulsivamente. El MARINERO 2º deja caer una mano en el hombro del CAMARERO<sup>169</sup>, que duerme, y le agita nerviosamente.)**

MARINERO 2º.- ¡Ja, ja! Oye, tú...

CAMARERO.- ¿Eh? ¿Qué pasa? ¡A la orden! ¡Ah! ¡Sois vosotros!

MARINERO 2º.- Oye. Es una historia. Es que el negro dice<sup>170</sup> que si la volviera a ver...

**(Le habla al oído y los cuatro rompen<sup>171</sup> al unísono en un torrente de carcajadas.)**

LOS CUATRO<sup>172</sup>.- ¡Ja, ja, ja!

DINO.- ¿Qué les pasa a esos?

BOBBY.- ¡Pchs!<sup>173</sup> Es la revolución. Yo ya sé lo que pasa. Estuve en otra revolución... Son todas iguales. ¡Tonterías! A ti, no te importa. Sigue. Van otros doscientos.

DINO.- Como tú quieras, Bobby.

**(Y mientras, unos momentos antes, ha aparecido en cubierta TONY. Los mira a todos, desde el umbral, con las manos embutidas en los bolsillos del pantalón: baja lentamente, y se detiene ante DINO y BOBBY, sentados en la alfombra. Se para y habla a BOBBY, que levantó la cabeza, indicando a DINO con un movimiento de hombros.)**

TONY.- ¿Qué hace ese aquí?

BOBBY.- Déjale... Es de los nuestros. Un camarada.

**(DINO baja la cabeza.)**

Cosas mías.

TONY.- **(Desdeñoso.)** Cosa tuya...

BOBBY.- ¿Qué ha dicho?

DINO.- **(Humilde, ruborizado [a TONY].)** ¡Déjale!

**(Y TONY se aparta, indiferente. Al grupo de BOMBÓN y sus amigos se han incorporado ya los otros dos MARINEROS y el CAMARERO.**

**Y los seis unidos comienzan a cantar ahora, entusiasmados, acompañados como siempre por el acordeón del negro, la canción de**

«Lilí Marlén». Cantan durante un tiempo apagando el ruido de los dados en el cubilete de DINO y BOBBY. TONY entretanto, con un tremendo aire de desdén para los demás, se sirve una bebida. Y en cubierta, bajo la luna, aparece la figura de RAQUEL. Viste ahora un largo traje negro que roza hasta el suelo. Lenta<sup>174</sup>, solemne, es como una aparición casi fantasmal. Contempla los grupos de marineros, pero de ellos, solo TONY la descubre. TONY y RAQUEL, mientras los demás cantan, lejos uno de otro, se miran largamente, fijos, frente a frente. Los dos están inmóviles... Y bruscamente grita TONY.)

TONY.- ¡¡Callad!!

TODOS.- (Suspensos.) ¡Tony!

**(Cesan las risas, la canción y los dados. Todos se paralizan impresionados. La DUQUESA en cubierta sigue inmóvil.)**

NEGRO.- ¿Qué mosca le ha picado?

TONY.- ¡Calla, tú!

BOBBY.- (Insolente.) Oye, oye, ¿qué te has creído?

LOS MARINEROS.- (Un rumor.) ¡Oh!

TONY.- (Violento.) ¡He dicho que calléis! ¡Y fuera de aquí! ¡¡Pronto!! ¿Creéis que todo es cantar y beber, y jugar a los dados? Debía daros vergüenza...

LOS MARINEROS.- ¡Tony!

BOBBY.- (Avanza un paso, provocador.) A mí no me gritas tú...

DINO.- ¡Quieto, Bobby!

TONY.- (Avanza también hacia él.) ¡Yo te diré quién puede gritar!

**(Los dos van a encontrarse con violencia, cuando el MARINERO 1º y el 2º<sup>175</sup> los separan interponiéndose.)**

MARINERO 1º.- ¡Alto, muchachos!

MARINERO 2º.- No seas loco, Bobby. ¡Quita! Pero muchachos... ¿Estáis borrachos?<sup>176</sup>

NEGRO.- No hacíamos más que beber, Tony. Beber es bueno, hijo mío. Anda, bebe un poco, Tony. ¡Toma! ¡Por la revolución!<sup>177</sup>

TONY.- (Frenético.) ¡¡Fuera!! ¡Fuera!! ¡Largo de aquí! ¡Cada uno a su puesto! ¿No me oís? ¡Aprisa!

NEGRO.- (Acobardado.) Está bien, Tony.

BOBBY.- Te juro que nos veremos. Por estas...

TONY.- ¡¡Fuera!!

**(Los MARINEROS, impresionados, sobrecogidos por la actitud dominadora de TONY, se miran entre sí. Luego inician la marcha hacia la cubierta. Suben. Pasan ante RAQUEL, que ha contemplado sin un gesto toda la escena, y uno a uno, en medio de un absoluto silencio, van desapareciendo. El último en pasar delante de RAQUEL es DINO.)**

DINO.- **(Muy bajo.)** Raquel...

**(Ella desvía los ojos y no contesta. DINO baja la cabeza avergonzado y huye. Ya se fueron todos. Están solos RAQUEL en cubierta y DINO en el salón. Durante una pausa se miran así de lejos, quietos, penetrantes. Al fin, RAQUEL, suave, sin ruido, avanza, y se detiene bajo el dintel de la entrada. Luego baja al salón. Va hasta la mesa serena, sonriente, ante los candelabros con las velas apagadas. Toma un encendedor o una caja de fósforos de la mesita y comienza a encender de nuevo las bujías, con delectación, casi amorosamente, voluptuosamente, sin dejar de sonreír. TONY la mira de lejos. Y ella, al fin, habla sin volverse.)**

RAQUEL.- ¿Quién apagó estas velas? Me gusta verlas<sup>178</sup> arder. Una bujía encendida evoca al mismo tiempo un salón antiguo y una taberna de puerto... Lo que somos tú y yo. **(Una pausa. RAQUEL sigue encendiendo bujías<sup>179</sup>. Y se vuelve. Queda apoyada en la mesa entre los dos candelabros, frente al MARINERO, que está al otro lado, lejos.)** ¡Frente a frente! ¿No me querías así, Tony?

TONY.- ¿No tiene miedo?

RAQUEL.- No...

TONY.- ¿Sabe que desde hace media hora, desde que por esa radio oímos la noticia de la revolución en nuestra tierra, está usted en mis manos?

RAQUEL.- **(Fríamente.)** El barco es mío.

TONY.- El barco ya no tiene dueño. Ya nada tiene dueño. A bordo ocurre igual que allá...

RAQUEL.- Puedo llamar al Capitán.

TONY.- No vendría... Está en la bodega y tiene las manos atadas.

RAQUEL.- ¡Miserables!

TONY.- **(Sonriendo.)** En el barco ya no manda el Capitán... El barco es libre, como los marineros.

RAQUEL.- Aún no estoy sola. Tengo los míos. ¡Mis amigos!

TONY.- **(Irónico.)** ¡Sus amigos! ¡Son cobardes! Y además, no sirven... Mujeres, un escritor que no valdría para nada, un vicioso traidor<sup>180</sup>, y un hijo enfermo que ni siquiera es un hombre.

RAQUEL.- **(Tapándose la cara con las manos.)** ¡¡Cállate!!<sup>181</sup>

TONY.- **(Con tremendo desprecio.)** ¡Esos son los suyos! Poca cosa. Están todos en la cabina que ha dejado vacía el Capitán, pegados a un aparato de radio oyendo con ansia todas las noticias. ¡Aún esperan que fracase la revolución! Pero es inútil<sup>182</sup>. ¡La revolución ha triunfado!<sup>183</sup> Yo sabía que sería esta noche, desde que nos hicimos a la mar... **(En triunfo.)** Está usted sola, sola. ¡Sola conmigo! ¿Se da cuenta ya?

RAQUEL.- ¡Sí! **(Mira en derredor y se estremece como si tuviera frío.)** Has tomado bien tus medidas. ¿Eres tú el jefe?

TONY.- **(Sonríe casi insolente.)** Su vida está en mis manos. Puedo hacer que esos marineros borrachos arrojen al mar a la Gran Duquesa

Raquel y a los suyos... Lo harían con gusto. La odian<sup>184</sup>. **(Un silencio.)** Sí, yo mando en el barco. ¡Y puedo mandar también en el fondo del mar!

RAQUEL.- **(Con angustia, pero imperceptiblemente irónica.)** ¡Entonces eres como un dios!

TONY.- Ahora, sí, tiembla, ¿verdad?

RAQUEL.- ¡No!

TONY.- ¿No teme a la muerte?

RAQUEL.- No. Los míos no tienen miedo a la muerte, porque no mueren. Esta noche alguien ha dicho que yo misma era una antigua dama que vivió hace tres siglos. Dentro de cien años, cuando una muchacha de mi familia se mire a un espejo, otra voz le dirá al oído que es la misma Duquesa Raquel... Esto es la raza. Nosotros no morimos nunca. Pero tú no puedes comprender esto.

TONY.- ¡Palabras! ¡Palabras!

RAQUEL.- Eres un pobre marinero...

TONY.- **(En un grito.)** ¡No! ¡Ahora soy más! ¡Mucho más! ¡Ahora soy tu dueño!

RAQUEL.- ¡Calla! **(Con un suave estremecimiento.)** Mi dueño tú... **(Hay una pausa. Ella se recobra poco a poco.)** Has cambiado el rumbo del barco. ¿No es así?

TONY.- ¡Sí!

RAQUEL.- ¿A dónde vamos?

TONY.- ¡Al puerto de donde salimos!

RAQUEL.- **(Se estremece.)** ¡A nuestra Patria! ¡A la revolución!

TONY.- ¡Sí!

RAQUEL.- Llevas tus prisioneros... ¿No es cierto? **(Él calla.)** ¡Buenas prendas ofreces a la revolución! Al llegar allí, Marcelo Herbier será fusilado.... **(Baja la cabeza.)** ¡Y yo! Y quizá todos los demás.

**(TONY vuelve la cabeza y marcha hacia el fondo, donde queda de espaldas frente al mar. Ella se sienta con desmayo y fatiga en el sillón de rojo y oro. Se pasa una mano por la frente.)**

Ahora recuerdo que cuando era una niña, no me asustaba la muerte. Me gustaba soñar tantas locuras... Mi sueño favorito era dormir bajo las olas del mar. Me atraían las hadas que vivían la eternidad entre las algas y los corales y las anémonas. Ahora quisiera volver a tener aquel sueño. **(Un silencio.)** Tony, tú que todo lo puedes, tú que esta noche eres como un dios, ¿por qué no haces que tus hombres me arrojen al mar?

**(TONY, que la oía en silencio, se vuelve ahora impetuosamente.)**

TONY.- Pero, ¿es que aún no lo has comprendido?

RAQUEL.- ¡Tony!

TONY.- **(Violento.)** ¡Porque darte la muerte sería darte la libertad! Y hasta<sup>185</sup> la libertad de la muerte quiero quitarte. Te quiero así, prisionera, esclava, a mis pies<sup>186</sup>.

RAQUEL.- **(Ya en pie, erguida, frente a él.)** ¿Quién eres tú?

TONY.- **(Brutal.)** ¡Y me lo preguntas! ¿Estás ciega? Hasta hoy uno de los marineros de tu «yacht». Uno de esos pobres diablos sucios que<sup>187</sup> saludan con miedo cuando pasa la Duquesa Raquel...<sup>188</sup> Pero si ahora me miras a los<sup>189</sup> ojos por primera vez, verás que tengo dentro algo que hace fuertes a los hombres, algo que los convierte en gigantes y los hace volar sobre la tierra y sobre el mar. ¡Tengo dentro de mí el odio! Mírame bien, Duquesa Raquel. Mira cómo te aborrezco<sup>190</sup>.

**(Ella, sin bajar la cabeza, va retrocediendo.)<sup>191</sup>**

Soy de los otros... De los que huelen tu perfume con dolor, como un olor prohibido. ¡Acuérdate del cochero que conduce tu coche negro de seis caballos por el paseo del Parque!<sup>192</sup> ¡Acuérdate del gondolero de Venecia que te llevó una noche por el Canal para que a la luz de la luna te besara uno de tus amantes!<sup>193</sup> Acuérdate de uno, entre todos ellos, y ese soy yo. ¡Yo, Tony, el marinero! ¡Yo guardo dentro de mí toda la rabia, todo el rencor que han tenido esos hombres! Yo soy uno de<sup>194</sup> ellos y todos juntos. ¿Me conoces ya, Duquesa Raquel?<sup>195</sup> Yo soy ese hombre que todos los días pasó, junto a tu orgullo de gran señora, desconocido, como una sombra<sup>196</sup>. Yo vengo del otro lado. De un mundo que no puedes recordar porque no conoces<sup>197</sup>. ¡¡Por eso te odio!! Ahora ya sabes quién soy... Ya lo sabes, ya lo sabes.

**(Está jadeante. Ella mientras le oía fue marchando muy despacio hacia el fondo. Ahora en pie sobre el peldaño de cubierta, se vuelve fría, estática, pálida, inmóvil.)**

RAQUEL.- ¡Sí! Te reconozco<sup>198</sup>. Muchas veces he sentido en mi espalda el arañazo frío de una mirada. ¡Eran tus ojos! ¡Eras tú!

TONY.- He esperado este momento día a día, noche tras noche, desde el primer viaje. ¿No te acuerdas? Fue hace tres años. Era en otoño. Ibas en tu barco a las Pirámides, sola con tu amante, aquel extranjero del que estabas enamorada como una loca. Todavía te veo con tu vestido blanco, tu cabello suelto por el aire, y el brazo de aquel hombre rodeando tu cintura. ¡Qué hermosa estabas! Pero para mí, aquel hombre y tú, y tu hermosura, erais todo lo que vuestro mundo maldito tiene de maravilloso y de imposible para mí... Y os aborrecía. Os hubiera matado<sup>199</sup>. Allá, en la ciudad, hay algunos que quieren hacer una revolución por amor. ¡Son locos o imbéciles! ¡Por amor no se puede hacer más que morir! ¡Por eso creo en este odio mío que es mi vida!

RAQUEL.- Y esta noche, ¿qué va a hacer tu odio? **(Con altivez.)** ¿Qué quieres de mí?

TONY.- **(Irónicamente.)** ¡Qué quiero de ti! ¡No olvides que soy tu dueño!

RAQUEL.- **(Con una larga sonrisa.)** ¡La Duquesa Raquel nunca tendrá dueño!

**(Le vuelve la espalda. Está allá, junto a un ventanal, mirando al**

**mar.)**

TONY.- ¡Sí! ¡La Duquesa Raquel tiene un dueño! ¡Soy yo! Mira estos brazos, mira estos puños. Soy la fuerza. Tú estás sola, abandonada. ¡Sola con ese orgullo<sup>200</sup> que yo voy a romper para siempre!...<sup>201</sup> ¡Te lo juro! Cuando después recuerdes esta noche los ojos se te llenarán de lágrimas, y tú también odiarás...

RAQUEL.- **(Sin volver la cabeza.)** ¿Qué intentas?

TONY.- Pero, ¿aún no lo has comprendido? **(Airado.)** ¿Cuál puede ser el modo más cruel de humillar a una mujer como tú?<sup>202</sup> ¿No eres tú la que ha jugado siempre con el amor de los hombres, con su deseo?<sup>203</sup> Pues esta noche, Duquesa Raquel, te hará hincar de rodillas y jugará contigo un marinero<sup>204</sup>.

**(Ella vuelve despacio. Tiene la voz un poco enronquecida. Él avanza un paso.)**

RAQUEL.- Tony, Tony...

TONY.- Sí. Te doy miedo y asco. Pero esta es mi venganza. Tu humillación, tu asco, tu dolor... ¿Me entiendes ya? Este triunfo mío durará toda la vida. Cuando pasen los años y recuerde esta noche nuestra, tuya y mía<sup>205</sup>, mi memoria no podrá distinguir la cara de la Duquesa Raquel de la cara de una ramera de Marsella...

RAQUEL.- **(Ahogada.)** ¡¡Canalla!

TONY.- ¡Así! Así quiero que sea... Estaba seguro de que no llorarías.

RAQUEL.- ¡Canalla! ¡¡Golfo de puerto!! ¡Basura!

TONY.- **(Sonríe.)** ¡Así!

**(Él avanza y cuando está cerca, ella, que le miraba fijamente, le escupe una palabra.)**

RAQUEL.- ¡¡Mientes!!

**(Él se detiene en seco como atrapado por la espalda.)**

TONY.- ¿Eh?

RAQUEL.- ¡Estás mintiendo!

TONY.- ¿Qué dices?

RAQUEL.- ¡¡Mientes!! ¡No me odias! ¡Me quieres! ¡Me deseas!

TONY.- ¡No! ¡No es verdad! ¡Eso, no!

RAQUEL.- ¡¡Sí!!

TONY.- ¡¡No!! Calla, calla, calla...

**(La rechaza con coraje. Ella cae al suelo, derribada. Ella, desde el suelo, se encara con él. El MARINERO en pie mirándola fijamente entre amenazador y anonadado. La voz de RAQUEL es como un grito de dominio, de triunfo.)**

RAQUEL.- ¡Sí! Me deseas<sup>206</sup>. Lo veo en tus ojos... Sé leer en los ojos

de los hombres... Conozco esa mirada<sup>207</sup>. Ahora darías tu vida por mí, si yo te la pidiera.

TONY.- ¡Calla! Te odio.

RAQUEL.- ¡No! ¡No me odias!<sup>208</sup> Quieres lograr un sueño que has tenido muchas noches... No eres mi dueño. ¡¡Tú, mi dueño!! ¡Eres mi esclavo! Como todos los hombres, como uno más.

**(Él se aparta casi temblando. Ella desde el suelo le persigue con los ojos y con la voz.)**

TONY.- ¡Cállate! ¡No es verdad! Mientes. ¡Te aborrezco!

RAQUEL.- Lo he visto<sup>209</sup> al mirarte a los ojos... Los tenías llenos de sangre. ¡Pobre muñeco que aún tiene la soberbia de jugar a ser un dios!

TONY<sup>210</sup>.- ¡Oh! Calla, calla.

**(El marinero, desesperado, huyendo de la voz de RAQUEL, se ha refugiado en el sillón de rojo y oro. Esconde la cara entre las manos. Ella se incorpora triunfal.)**

RAQUEL.- ¡No huyas! Es inútil...<sup>211</sup> Eres mi esclavo. ¿Lo oyes, esclavo mío? Yo sí, soy tu dueña. ¡Siempre he sido la dueña de los hombres! Eres mío, mío, mío.

TONY.-<sup>212</sup> ¡Maldita seas! ¡Te ahogaría!

**(Un sollozo. Y aparece MARCELO en la puerta lateral.)**

MARCELO.- Me pareció oírte gritar, Raquel. ¿Me necesitas? **(Silencio.)** Apenas lleguemos al puerto seré fusilado. Pero esta noche aún puedo hacer algo por ti. Puedo intentar matar a este hombre. ¡Y estoy seguro de que lo mataría!

RAQUEL.- **(Un grito.)** ¡¡No!! **(Y como una loca avanza y cubre con su cuerpo el cuerpo del marinero.)** Vete.

MARCELO.- **(Sorprendido.)** ¡Raquel!

RAQUEL.- **(Amparando a TONY con toda su alma.)** ¿Quién eres tú? ¿Con qué derecho...? ¡¡Vete!!

MARCELO.- **(La mira fijo, atónito.)** ¡Raquel!

**(RAQUEL le sostiene la mirada, airadamente. De pronto un sollozo convulsivo la obliga a taparse la cara con las manos, como horrorizada.)**

RAQUEL.- Vete, vete. ¡Vete!

**(MARCELO, en silencio, la envuelve en una larga mirada, y se va. RAQUEL con un desesperado sollozo, corre hasta el fondo, como huyendo de alguien, escapada. Durante un largo rato hay un gran silencio. Se oyen los sollozos de RAQUEL. A lo lejos, el coro de MARINEROS entona suavemente la melodía de «Lilí Marlén». Ella, muy despacio, vuelve y se para en el centro del salón.)**

RAQUEL.- (Muy bajo.) ¿Desde cuándo?

(Un gran silencio. TONY no contesta.)

¡Habla! ¡Te lo ordeno!

TONY.- ¡No lo sé!<sup>213</sup> ¡Tantas veces he tenido entre mis brazos una pobre mujer de cualquier lado creyendo que era una Duquesa tan arrogante como tú! Eran mis ojos cerrados los que la veían... Y hasta tenía tu mismo olor. Pero no sé desde cuándo.

RAQUEL.- ¡Yo te lo diré!

TONY<sup>214</sup>.- ¿Tú?

RAQUEL.- ¡Sí! Desde hace tres años, cuando entraste a formar parte de la tripulación de este barco para mi viaje a las Pirámides. Desde que<sup>215</sup> otro hombre me tenía entre sus brazos y mis cabellos se alborotaban con el aire del mar.

TONY.- ¡Sí! Desde entonces...

RAQUEL.- Desde aquel día has soñado locamente, furiosamente...

TONY.- ¡Sí!

RAQUEL.- Has llorado. Has tenido celos. ¡Hubieras matado a todos los hombres que besaban mis manos!

TONY.- ¡Sí! Era una<sup>216</sup> pesadilla. Una locura<sup>217</sup>. ¿Lo sabías tú?

RAQUEL.- ¡Sí!

TONY.- ¡Raquel!

RAQUEL.- ¡Lo supe desde el primer día! Lo supe viéndote temblar cuando me diste la mano aquella tarde para ayudarme a pasar a bordo. Lo he sabido cuando en estas madrugadas he oído tus pasos una y otra vez en la cubierta rondando la puerta de mi camarote... ¿Cómo no había de saberlo?

TONY.- ¡Raquel!

RAQUEL.- ¿Por qué has hablado de odio, cobarde, si estabas loco de amor?

TONY.- Porque mi odio también es verdad, tanta verdad como mi deseo. Porque hay otro hombre en mí que se rebela y te odia, por ser quien eres, y me odia a mí mismo por quererte... Tú no puedes comprenderlo. Yo he sido quien dio la voz de rebelión esta noche para que mi odio triunfara sobre mi amor. Para amarte como si mi amor fuera una venganza, que es lo que yo quería que fuera; como si fuera una maldición para los dos...

RAQUEL.- ¡Calla! (Se estremece.) ¡Cuánto has debido sufrir! (RAQUEL está ahora en el fondo apoyada la espalda en la jamba de la entrada.)

TONY.- Sí. Era un infierno.

RAQUEL.- Era el deseo que deja mordeduras envenenadas como un perro rabioso... Esas noches largas, infinitas, atroces, que no acaban nunca<sup>218</sup>. Tu imaginación me veía, casi podías tocarme, era como si yo estuviese allí, y tú te preguntabas: ¿Por qué? ¿Por qué no ha de ser mía?

Y gritabas enloquecido ese odio tuyo<sup>219</sup>, cuando ni siquiera tenías valor para preguntarte si era tu amor el que soñaba. ¿Eran tus noches así, Tony?

TONY.- Sí, eran así<sup>220</sup>. Pero, ¿cómo puedes saberlo tú?

RAQUEL.- Porque yo también sufría; también me gritaba a mí misma. También he sentido el infierno entre las cuatro paredes de mi camarote... En esas horas sin sueño yo me he preguntado tantas veces: ¿Por qué? ¿Por qué los ojos de los hombres no me miran como antes? ¿Por qué no son ya para mí sus violencias, sus<sup>221</sup> locuras, sus bellas locuras? Hasta esa gran locura que ellos llaman odio, y es el más grande y el más hermoso de los amores. ¿Por qué? ¿Si el corazón aún<sup>222</sup> es joven y los labios tienen sed de besar!

TONY<sup>223</sup>.- ¡Raquel!

RAQUEL.- **(Un estremecimiento. Un<sup>224</sup> grito de triunfo en la voz.)** ¡Pero no era verdad!<sup>225</sup> ¡Fuera me esperabas tú, con tus gritos de loco, para decirme que la vida no se acaba, que aún hay un hombre que vibra y grita por mí! ¡Y yo que te creía un sueño!

TONY.- ¡Raquel!

RAQUEL.- ¡No eras una sombra! ¡No eras un sueño! Eras tú, tú mismo, diciéndome que aún soy Raquel, la de siempre. Raquel, que vive todavía. ¡Oh! ¡Tony! Tú no sabes lo que has hecho. Tú no sabes qué hermosura es este gozo de volver a la vida... ¡Ah, Tony, Tony! **(Se arroja de rodillas a los pies de TONY, junto al sillón. Es otra mujer. Está como enloquecida.)**

TONY.- ¿Qué has dicho, Raquel? ¿Qué has dicho?

RAQUEL.- ¡Calla! Te he esperado tanto... Dame tus manos. ¡Ah, tus manos! Estas manos que no podrían coger una paloma... ¡Manos de marinero que no saben acariciar! Qué distinto será tu amor del de los otros. Ya sé por qué he temblado de emoción hace unos momentos cuando<sup>226</sup> hacías cara a esos hombres, a tus camaradas. Y luego, frente a frente conmigo<sup>227</sup>, tenías las venas de la garganta a punto de saltar, la boca seca, los ojos atroces. Y gritabas: ¡Yo soy tu dueño! ¡Yo soy tu dueño! Pobre loco mío...<sup>228</sup> Mío, mío, mío.

TONY.- **(Casi sin voz.)** Raquel... ¿Eres tú?

RAQUEL.- ¿Todavía no has comprendido? ¡Torpe, torpe! Es la última tarde de primavera de mi vida, y crees que voy a dejarla escapar...<sup>229</sup>

TONY.- **(Anhelante.)** ¡Raquel!

RAQUEL.- Seremos uno de otro para siempre<sup>230</sup>. No nos importa nada. Todo es pequeño, todo es mentira<sup>231</sup>. En la vida, entre nosotros, no hay más que una verdad. ¡Esta! El amor<sup>232</sup> que vive en nosotros y nos empuja...<sup>233</sup> ¡Yo no puedo vivir sin amor, Tony! ¡Oh, Tony! ¿No me das un beso?

TONY.- ¡Oh, Raquel! Mía...

**(Él, tembloroso, se inclina y la besa. Y de pronto, se oyen las voces de un grupo que avanza por cubierta. RAQUEL se alza bruscamente.)**

RAQUEL.- ¿Eh? ¿Qué es eso?

**(Irrumpen por la cubierta MARCELO, PATRICIA y NATALIA. Vienen presurosos con una enorme ansiedad en el rostro. Uno de ellos pone la mano<sup>234</sup> en el conmutador, y la escena se inunda de claridad, con la vivísima<sup>235</sup> luz blanca del farol central<sup>236</sup>. Casi al mismo tiempo surgen también<sup>237</sup> en cubierta los MARINEROS 1º y 2º<sup>238</sup> con el NEGRO BOMBÓN, que se quedan allá, en el grupo, expectantes. Entre ellos vienen también<sup>239</sup> BOBBY y DINO MORELLI.)**

PATRICIA.- ¡Mamá! ¡Mamá!<sup>240</sup>

NATALIA.- ¡Raquel! ¿Dónde estás?

RAQUEL.- ¿Qué? ¿Qué queréis de mí?

NATALIA.- **(Nerviosísima.)** ¡Raquel!<sup>241</sup> Es la radio, otra vez. Están dando noticias nuevas...

RAQUEL.- **(Pasándose una mano por la frente.)** ¿Qué...? La radio...<sup>242</sup>

NATALIA<sup>243</sup>.- ¡Ha fracasado la revolución!

RAQUEL.- ¿Eh...?

PATRICIA.- ¡Sí, mamá! ¡Han leído un comunicado del rey!

MARCELO.- ¡Todo era mentira!<sup>244</sup> Un grupo de rebeldes se apoderó de los micrófonos de la Radio y durante una hora han podido dar la sensación de que la revolución había triunfado. Eso ha sido todo...<sup>245</sup> ¡Un golpe de mano audaz!

PATRICIA.- ¡El rey va a hablar ahora desde Palacio! ¡Todo el mundo está loco de alegría!

**(Mientras, NATALIA ha hecho funcionar el aparato de radio, nerviosamente<sup>246</sup>, y ahora comienza a oírse una<sup>247</sup> marcha militar vibrante y alegre. Gran emoción.)**

NATALIA.- ¡Callad! ¡Callad! ¿No oís?

PATRICIA.- **(Emocionadísima.)** ¡Nuestro himno! ¿Oyes, mamá? ¿Oyes, Marcelo?

NATALIA.- **(Casi sin voz. Emocionadísima.)** Era<sup>248</sup> mentira, mentira, mentira<sup>249</sup>. Si no podía ser, si no era posible. Gracias, Dios mío, gracias.<sup>250</sup>

**(Sigue oyéndose el himno en medio de una gran emoción. En cubierta, los MARINEROS se estrechan más entre sí. NATALIA y PATRICIA se abrazan, con infantil entusiasmo<sup>251</sup>. Sobre la música se oye la voz vibrante de un locutor.)**

VOZ DEL LOCUTOR<sup>252</sup>.- ¡Viva el rey!

MARCELO, NATALIA y PATRICIA.- ¡Viva!

**(Se corta la marcha.)**

VOZ DEL LOCUTOR.- ¡Atención! ¡Va a hablar el rey!

TODOS.- ¡El rey!

(NATALIA, PATRICIA y MARCELO se abalanzan nerviosamente hacia el aparato de radio. TONY, tímido, débil, desamparado, da un paso.)

TONY.- Raquel...

(RAQUEL se yergue, nueva, con los ojos brillantes.)

RAQUEL.- ¡Quita, bruto! ¡Va a hablar el Rey!

TELÓN MUY RÁPIDO

△

## Acto III

### *Cuadro I*

**El mismo decorado. Al día siguiente. Una mañana gozosa y radiante. Al fondo el cielo es de un azul maravilloso, todo alegría. El mar tiene un día triunfal. El sol cae de lleno sobre cubierta y un rayo avanza hasta la alfombra del salón. En la mesa redonda de la derecha desayuna MARCELO HERBIER, solícitamente atendido por el CAMARERO, y en silencio. Después de unos segundos aparece en cubierta el CAPITÁN. Entra en el salón. Va junto a MARCELO y, risueño, le pone una mano en el hombro como saludo. Después se sienta a su lado en la mesa. Y el CAMARERO, sin hablar, le sirve.**

CAPITÁN.- ¿Triste, «monsieur»?

MARCELO.- (Sonríe.) Un poco. Creo que he envejecido esta noche, Capitán<sup>253</sup>. Estoy cansado.

CAPITÁN.- Lo comprendo... (Un pequeño silencio.) Al atardecer alcanzaremos la vista de Capri, desembarcaremos ya entrada la noche. ¿No se alegra?

MARCELO.- Sí. ¿Hay nuevas noticias, Capitán?

CAPITÁN.- Nada... Acabo de oír la radio. La manifestación ante Palacio ha sido grandiosa. Después nada. Todo está igual. No ha pasado nada.

MARCELO.- (Con una escondida amargura en la sonrisa.) ¡No ha pasado nada! El «Duquesa Raquel» sigue otra vez, rumbo a Capri, al mando de su Capitán, como si no hubiera pasado nada. Anoche, unos

marineros rebeldes se hicieron dueños del «yacht» durante unos momentos, y esta mañana, a la hora del desayuno, ya son nuestros servidores otra vez. Esto es todo. Fue apenas una hora. Pero le aseguro a usted, Capitán, que esa hora quedará para siempre como un intermedio en la vida de todos nosotros... **(Un silencio.)** ¿Y esos hombres, Capitán? ¿Qué hacen?

CAPITÁN.- ¿Los marineros?

MARCELO.- Sí...

CAPITÁN.- ¡Bah! Figúrese usted, las más diversas reacciones. Unos callados, con los ojos bajos, indiferentes. Otros, aduladores, serviles, queriendo hacerse perdonar de cualquier modo. Son los peores. Dan asco... En el fondo, todos aterrorizados. Han cometido un delito y tienen miedo a la justicia. Solo hay uno que mira frente a frente y todavía grita.

MARCELO.- ¿Tony?

CAPITÁN.- Sí. Está abajo, en la bodega. **(Sonríe.)** En el mismo lugar que él me destinó a mí. Pero no es ironía. Es sencillamente que en el «yacht» no hay otro sitio más apropiado para un prisionero. El «Duquesa Raquel» es un barco de placer... No está hecho para el motín. **(Pausa.)** He hablado con ese hombre.

MARCELO.- ¿De todo?

CAPITÁN.- **(Sin mirarle.)** De casi todo... Lo que no quiere decir se le adivina<sup>254</sup>. Se ha declarado jefe de la rebelión del «Duquesa Raquel». Dice que sus compañeros obraron impulsados por él, que él es el único culpable. **(Silencio.)** A su modo, es casi un héroe. Era un enlace de la revolución a bordo del «Duquesa Raquel». Todo estaba preparado. La revolución no quería que escaparan de sus manos dos magníficas piezas: usted y la Duquesa<sup>255</sup>. **(Otro silencio.)** ¿No me oye usted, «monsieur»?

MARCELO.- Sí, Capitán. Pensaba en Tony, en esos marineros, en nosotros. **(Un silencio.)** En la misma Duquesa<sup>256</sup>. En Dino Morelli.

CAPITÁN.- **(Gravemente.)** Con todos los respetos... Me niego a hablar una sola palabra del señor Dino Morelli. **(Se miran los dos durante un segundo.)** Sé todo<sup>257</sup> lo que ocurrió anoche mientras yo estuve encerrado.

MARCELO.- **(Una larga pausa.)** Fue un intermedio atroz, Capitán. No lo olvide. Fue una hora espantosa en la vida de las gentes que habitamos este barco, en alta mar. Fue la hora del peligro: esa hora en la que cada uno es incapaz de sujetar la bestia, el ángel malo que lleva dentro. La hora del peligro es la hora de la auténtica libertad. ¡Y qué repugnante es esa libertad que nos hace esclavos de los instintos, de los deseos! Capitán, anoche todos fuimos como realmente somos, y por lo mismo, parecíamos otros. Yo también fui otro hombre.

CAPITÁN.- **(Mirándole.)** ¿Usted?

MARCELO.- ¡Sí! ¡Qué cosa tan extraña! Toda mi vida he sido un cobarde... No, no me mire usted así. No me contraríe. Yo no tengo el rubor de mi cobardía. Yo no creo en nada, Capitán. ¿En nombre de qué ha de ser valiente un hombre que no cree en nada? El valor es la fe... Y yo no creo... Ya ve usted... **(Irónico.)** Soy uno de los mejores servidores

de Su Majestad, y la verdad es que no daría una gota de sangre por salvarlo. Y, sin embargo, anoche, sí, quise jugarme esta vida mía. Ahora comprendo por qué. Ofrecía mi vida por lo único que de verdad he amado, por lo único en lo que realmente puse una fe a lo largo de mi vida. Por una mujer... Pero ese heroísmo no sirvió para nada. Lo rechazaron... Fue casi ridículo, como todos los heroísmos inútiles. **(Sonríe con amargura.)** ¡Qué gran lección! ¡O quizá qué gran castigo, por haber tenido una fe! No me mire usted así, Capitán. No soy un monstruo. Soy simplemente, un hombre. ¡Un pobre hombre, como todos!

CAPITÁN.- Calma, «monsieur» Herbier. Tranquilícese...

**(Entra por la cubierta, SOR CATALINA. Es una monjita joven, suave, dulce y alegre. Muy parlanchina, cuando habla la risa le va de los labios a los ojos.)**

SOR CATALINA.- Buenos días nos dé Dios, señor Herbier, señor Capitán.

CAPITÁN.- ¡Hermana!

SOR CATALINA.- Ustedes perdonen... ¡No! No, por Dios, no se muevan. **(Ríe.)** Vengo a reñir a este hombre porque mi pobre enfermo espera el desayuno desde hace diez minutos... Vamos, vamos, hijo mío, dese prisa. ¿Qué hace usted?

CAMARERO.- Al momento, hermana. **(En una bandeja va colocando el servicio que toma de la mesa, vigilado por la religiosa.)**

SOR CATALINA.- Ande... ¡Jesús, Jesús, qué pesado! Ponga esas cosas buenas y ricas en la bandeja, que el señorito Dicky tiene esta mañana mucho apetito... Tostadas. Y jamón. Y mantequilla. Y esos dulces. Y una copita de jerez. Y el café. Vamos, hijo mío.

CAMARERO.- **(La obedece sonriendo.)** Sí, hermana.

SOR CATALINA.- ¡Ah! Y cigarrillos... Y esas galletas, que es muy goloso. Y jugo de naranja.

CAPITÁN.- **(Riendo.)** ¡Sor Catalina se lleva para Dicky el desayuno de toda la tripulación!

SOR CATALINA.- ¡Calle usted! ¡Calle! ¡Ay, qué hombres estos, Virgen Santísima, qué hombres! **(Y se ríe alegremente.)** El pobre Dicky, cuando está alegre, es más glotón... Y hoy está muy contento. ¡Ha pasado una noche tan feliz!

**(El CAMARERO sale con la bandeja repleta.)**

MARCELO.- ¿Esta noche? ¿Qué dice usted, «ma soeur»?

SOR CATALINA.- ¡Sí! Es que Dicky no se ha enterado de nada, señor Herbier...

MARCELO.- ¿Pero, cómo ha podido ser?

SOR CATALINA.- **(Sonríe.)** Lo hizo Dios, que hace todo lo bueno... Anoche, mientras los marineros hacían prisionero al señor Capitán, y ustedes se refugiaban en la cabina, junto al otro aparato de radio, yo me fui al camarote de Dicky. Todos le habían olvidado. Allí estaba solo mi

pobre enfermo... Yo quise prepararle, decirle algo, rezar un poco con él. Aún no dormía. No tenía fiebre, y estaba maravillosamente despejado, con esa luz suya en los ojos. Me cogió las manos, como un niño desamparado, y empezó a hablar como habla siempre cuando está contento y espera... Eran sus sueños los que hablaban, sus ilusiones. Anoche, como nunca, tenía deseos de curar y de vivir. ¡De vivir! Él cree que la vida siempre es alegre y bonita. Y si anoche hubiera sabido que a pocos pasos de él estaba la vida de verdad, la verdadera vida, con sus egoísmos, con sus odios<sup>258</sup>, con tantas penas, hubiera sido terrible para él. Yo no tuve valor para despertarle. Me senté a su lado y callé... Se quedó dormido. Y al poco tiempo todo había terminado. Dicky dormía feliz, y no sabía nada... Fue un milagro de Dios. **(Un silencio. Las palabras de la monjita han emocionado a los dos hombres y a ella misma. Se seca una lágrima y sonrío.)** Vaya, qué boba soy. Les he contado a ustedes todo esto, para nada. Y al fin, para llorar como una chiquilla. Me pasa siempre igual... En el convento, me riñe mucho la Madre Superiora.

MARCELO.- «Ma soeur», entre nosotros, ¿siente usted la nostalgia de su convento?

SOR CATALINA.- ¿Nostalgia? No; creo que no, señor Herbie. Dios está en las montañas, y en el mar. Y al lado de ese pobre Dicky que me necesita. Claro que a veces me acuerdo un poco de las hermanas. Y de aquel jardín. Le gustaría verlo, señor Herbie. Es pequeñito, muy pequeñito; pero es precioso. **(Ríe.)**<sup>259</sup> Cada hermana cuida de su rincón. ¡A mí me tocan los rosales! ¡Mis rosales! **(Suspira y se ríe.)** ¡Qué bonitos estarán esta mañana, con este sol, y esta luz! Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿A usted qué puede importarle el jardín de unas pobres monjitas? ¡Usted, Dios mío, que conocerá todos los jardines del mundo! Es que soy más charlatana... Luego me arrepiento y hago propósito de enmienda, pero es inútil. Como dice la Madre Superiora: sor Catalina, charla que te charla, charla que te charla. ¡Ay, Señor! Y el caso es que ahora me da una vergüenza, pero qué vergüenza...

**(Y llena de risas y rubores desaparece por la cubierta. Los dos hombres la ven marchar.)**

CAPITÁN.- Es deliciosa.

MARCELO.- ¡Cómo la envidio!

**(Regresa el CAMARERO.)**

CAPITÁN.- ¡Usted! ¡El hombre ilustre! ¡El célebre Marcelo Herbie tiene envidia de una pobre monjita!

MARCELO.- Sí, Capitán. Siento envidia de ella por su risa, por sus rosales, y porque tiene fe.

CAPITÁN.- Venga conmigo, señor Herbie. ¿No le apetece estirar un poco las piernas?

MARCELO.- Vamos, sí.

CAPITÁN.- Venga... **(Le toma el brazo y se lo lleva hacia la cubierta.)** Necesito hablarle a solas<sup>260</sup>. La señora Duquesa, que todavía

no ha salido de su camarote, me envió recado para que yo no tomara ninguna medida de castigo con la tripulación hasta que ella me dé sus órdenes. Ya puede usted figurarse a quién quiere salvar la Duquesa... Pero yo he de cumplir con mi deber<sup>261</sup>. Esta tarde, al desembarcar, entregaré a esos<sup>262</sup> hombres a las autoridades de Capri.

**(Salen. Por el otro lado entra, corriendo, PATRICIA.)**

PATRICIA.- ¡Mi desayuno! ¡Pronto! ¡Me muero de hambre!

CAMARERO.- Sí, señorita Patricia. Al momento.

**(PATRICIA se sienta a la mesa y el CAMARERO la sirve.)**

¿Un poco de mermelada?

PATRICIA.- De todo. Mermelada, huevos, jamón. ¡Y tocino! Tengo un apetito...

CAMARERO.- Lo comprendo, señorita... Después de la noche que ha pasado la señorita...

PATRICIA.- Más. ¡Más jamón!

CAMARERO.- ¡Sí, señorita! ¡Ay, qué noche, señorita! Una revolución a bordo, nada menos. Créame la señorita. Cuando pienso que apenas me di cuenta, me da un coraje...

PATRICIA.- **(Con la boca llena le mira asombradísima.)** ¿Que no se ha dado usted cuenta?

CAMARERO.- No, señorita. Me dormí. Así, como suena. Quise oír un poco la radio de allá, como hago otras noches cuando los señores se han retirado, pero estaba muy cansado y me quedé dormido como un leño. De pronto me despertaron dos marineros medio borrachos y me contaron una barbaridad. Claro, en seguida me di cuenta de que había llegado la revolución... Pero la verdad, señorita, me sentó muy mal que ninguno de ellos se acordara antes de mí. No se portaron bien.

PATRICIA.- Hombre... Lo siento muchísimo.

CAMARERO.- Y yo... Figúrese la señorita. Ya digo que me dio una rabia... Mire usted que estar en medio de una revolución y no enterarse. Lo que dirá mi mujer cuando se lo cuente: ¡como si estas cosas pasaran todos los días!

**(Ríe PATRICIA, y en la cubierta aparece NATALIA. Traje de mañana muy vaporoso, de colores claros. Grandes gafas para el sol que puede quitarse al entrar.)**

NATALIA.- ¡Patricia! ¡Oh, chiquilla!

PATRICIA.- ¡Natalia!

NATALIA.- **(Emocionadísima.)** ¡Vivos! ¡Todos vivos! ¡Y a salvo! Todo ha sido una pesadilla. Un mal sueño. ¡Ay, Patricia, qué contenta estoy! Dame un beso.

PATRICIA.- Pero, chica, Natalia. No te conozco. Estás guapísima.

NATALIA.- **(Picada.)** ¡Muchas gracias! De manera que no me

conoces porque estoy guapísima. Eres muy amable...

PATRICIA.- **(Ríe.)** No me has entendido. Me refiero a ese traje... Y ese peinado. Una preciosidad.

NATALIA.- **(Sentimental.)** ¡Ay! Es que anoche, en aquellos momentos, todo lo creí perdido para siempre, y esta mañana me parece que empiezo a vivir de nuevo.

CAMARERO.- ¿Jugo de naranja, como siempre, señorita?

NATALIA.- ¡No! Hoy todo es distinto. Café solo, «s'il vous plaît»! Gracias. ¿Y la señora Duquesa?

CAMARERO.- La señora Duquesa descansa todavía.

NATALIA.- **(Encantada.)** ¿Oyes, chiquilla? La señora Duquesa descansa todavía... Anoche, en aquellos momentos creí que eso había terminado para siempre. La señora descansa. ¡Qué bien suena! **(Transición. Al CAMARERO.)** Supongo, buen hombre, que usted estaría con los revolucionarios...

CAMARERO.- **(Tristemente.)** No, señorita. No pude...

NATALIA.- ¡Ay, qué alegría! ¿Es usted partidario de Su Majestad? ¡Este es el verdadero pueblo!

PATRICIA.- Quia, no es eso. Es que se durmió.

NATALIA.- ¡Ah! ¿Sí? Bueno, es lo mismo. En ciertas ocasiones, dormirse es profundamente patriótico... Le felicito.

CAMARERO.- **(Ufano.)** Muchas gracias, señorita. Tengo un sueño muy pesado...

**(Sale con sus servicios. Ríe PATRICIA. El acordeón toca dentro, muy piano, la canción de «Santa Lucía». NATALIA se revuelve indignadísima.)**

NATALIA.- ¡Ay, miserable, miserable, miserable!

PATRICIA.- ¿Quién?

NATALIA.- ¡¡El negro!! ¿No le oyes? ¡Toca «Santa Lucía» porque quiere hacer las paces conmigo. Y anoche se negó... ¡¡Sinvergüenza!!

**(Ríe PATRICIA. BOMBÓN con mucha timidez, muy prudente, con el acordeón bajo el brazo, aparece en cubierta. Se quita la gorra y saluda finísimo.)**

NEGRO.- Buenos días, señorita Natalia. Aquí está Bombón.

NATALIA.- ¡No quiero verte!

NEGRO.- **(Sentimental.)** ¡El pobre Bombón no tiene culpa de nada, señorita! Bombón es un infeliz.

NATALIA.- ¡Sinvergüenza! ¡Borracho! ¡Sucio! ¡¡Revolucionario!!

NEGRO.- **(Compungido.)** ¡Señorita!

NATALIA.- ¡Largo! **(Una transición muy suave.)** ¡No! Espera. ¡Bombón!

NEGRO.- ¡Señorita!

NATALIA.- Tocarás «Santa Lucía» esta noche. Cuando me veas sola con el señor Herbier.

NEGRO- (**Contentísimo.**) Sí, señorita. ¿Como todas las noches?

NATALIA.- (**Ruborizada.**) Sí... Cien francos.

NEGRO.- En puntito estaré allí. ¡No faltaré!

(**Desaparece muy contento. PATRICIA ríe con toda su alma.**)

PATRICIA.- Pero, mujer... ¿Todavía?

NATALIA.- Sí. Después del peligro en que hemos estado anoche, voy a cambiar de vida. Estoy decidida a conquistar a Marcelo.

PATRICIA.- ¡Bravo! Yo te ayudaré.

NATALIA.- (**Asustada.**) ¡No! Eso, no, ángel mío. Gracias. Me arreglaré sola... Pero hoy será el día definitivo.

(**Ríe PATRICIA. MARCELO aparece en cubierta y entra.**)

MARCELO.- ¡Risas y sol! ¡Viva la vida!

NATALIA.- (**Enternecedísima.**) ¡Marcelo!

PATRICIA.- Callad... Ya estoy viendo lo que dirán los periódicos. (**Declama enfáticamente.**) «Entre los pasajeros del "Duquesa Raquel", y prisionero de los revolucionarios, se hallaba nuestra gloria nacional, Marcelo Herbier. Su vida se ha salvado, por fortuna para nuestra patria». Y a los demás, pche, que nos parta un rayo.

(**Ríen los otros.**)

¡Ay! Yo no he visto mi nombre en los periódicos, más que una vez, cuando me pusieron de largo. Pero es más emocionante. Claro que a mí me llamaban encantadora.

MARCELO.- (**La besa con ternura.**) ¡Y lo eres!

PATRICIA.- (**Una reverencia.**) ¡«Merci, monsieur! Vous êtes gentile!»<sup>263</sup> ¿No contestan así las vampiras internacionales cuando tú las dices un piropo? (**Ríen.**) Pero como yo no soy más que una pobre chica, prefiero tomar el sol en la cubierta.

MARCELO.- ¡Hum! ¿No me sirves mi segunda taza de café?

PATRICIA.- Te servirá Natalia. (**Aparte, muy bajo.**) En confianza, chico. Lo está deseando.

MARCELO.- (**Ríe.**) ¡Eres el diablo!

PATRICIA.- ¡«Au revoir»!

(**Y sale corriendo. MARCELO va a la mesa donde NATALIA ya se ocupa en servirle su taza de café.**)

NATALIA.- ¿Estás bien, Marcelo? ¿Completamente bien?

MARCELO.- ¡Naturalmente, querida! ¿Por qué no había de estarlo?

NATALIA.- ¡Ay! Después de la noche horrible que hemos pasado. ¡Tú en medio de una revolución! Tú, un escritor, un hombre tan delicado,

tan espiritual...

MARCELO.- Muchas gracias. Me confundes. **(Bebe.)** Dime, Natalia. ¿Qué pensaste anoche, cuando todo lo creías perdido, tus millones, tus lujos y hasta tu vida?

NATALIA.- Tuve muchísimo miedo...

MARCELO.- Lo creo.

NATALIA.- Y pensé en tantas cosas. Pensé que he derrochado los mejores años de mi vida malgastando el tiempo en fiestas aburridas. Pensé tanto en todo eso, que desde hoy seré otra mujer.

MARCELO.- ¿Es verdad, Natalia?

NATALIA.- Sí, Marcelo. Desde hoy no asistiré más que a las fiestas verdaderamente divertidas...

MARCELO.- ¡Soberbio! Es todo un cambio de vida.

NATALIA.- ¿Y tú, Marcelo? ¿Tuviste miedo a morir?

MARCELO.- ¿Yo? **(Sonríe irónico.)** Tiene gracia. Estaba tan absorbido por todo lo que ocurría a mi alrededor, que apenas pude pensar en mí...

NATALIA.- ¡Lo creo! **(Grandilocuente.)** ¡Siempre te tuve por un valiente!

MARCELO.- **(Enfadadísimo.)** ¡No digas tonterías, Natalia! A veces, tu falta de penetración es indignante.

NATALIA.- Pero, Marcelo... No te entiendo

MARCELO.- ¡Cómo vas a entenderme tú! ¡Qué sabes tú de mí ni de los demás!

NATALIA.- ¡Marcelo!

MARCELO.- ¡Cállate! Hasta ayer, esa estúpida frivolidad tuya me divertía. Ahora me hace daño.

NATALIA.- Marcelo... No me trates así.

MARCELO.- Perdona. **(Una pausa.)** No sé lo que digo. Desde anoche, estoy desconocido para mí mismo. Déjame, Natalia, déjame. Te lo suplico...

**(NATALIA le mira, se seca una lágrima y se va hacia el fondo. Se detiene antes de llegar.)**

NATALIA.- Sí, ya te dejo. **(Muy bajo.)** No será nunca, ¿verdad, Marcelo?

MARCELO.- **(Sin volver la cabeza. Bajo también.)** No; nunca, Natalia.

NATALIA.- Es lástima... Yo, a veces, me hacía ilusiones. Pero es imposible. No te comprendería.

MARCELO.- No seas niña, calla.

NATALIA.- ¿Amigos?

MARCELO.- Amigos, sí. Siempre.

NATALIA.- **(Haciendo esfuerzos para no llorar.)** Gracias. Me

voy... Si supieras... ¿A que no sabes adónde voy? Voy... voy a decirle a Bombón que no actúe esta noche.

**(Ríe y se va. MARCELO solo, en un sillón, con la cabeza entre las manos. Un segundo. Y un gran griterío fuera en cubierta. MARCELO se levanta. En cubierta, surge DINO MORELLI. Viene en mangas de camisa, con el cuello desabrochado, los cabellos en desorden, muy agitado. Y temblando. Tras él inmediatamente, el CAPITÁN.)**

DINO.- ¡Déjeme! ¡Déjeme! ¡Déjeme!

CAPITÁN.- **(Con energía.)** ¡Vamos! ¡Apártese!

DINO.- ¡Déjeme!

CAPITÁN.- ¡Fuera he dicho! **(Con enorme desprecio.)** Señor Herbier, ayúdeme a convencer a Dino Morelli para que no ande a puñetazos con los marineros...

MARCELO.- ¿Qué has hecho?

DINO.- ¡¡Le he pegado!!

MARCELO.- ¿A quién?

DINO.- ¡A él! ¡A Bobby!<sup>264</sup> ¡¡Y le mataré!! ¡Te juro que le mataré!

MARCELO.- ¡Cállate!

DINO.- Le odio, Marcelo, le odio. Por él he sido un traidor; por él estuve anoche al lado de esa gente, frente a vosotros... ¡Él tiene la culpa! ¡¡Él!!

MARCELO.- ¿Callarás?

DINO.- **(Frenético, como si enloqueciera.)** Él me dominaba, me atraía<sup>265</sup>. **(Con un estremecimiento se deja caer en un sillón.)** ¡Qué miserable! ¡Qué cobarde soy!

MARCELO.- ¡Cállate, Dino! ¡No quiero oírte!

DINO.- **(Con angustia.)** ¿Te doy asco? ¿No es eso?

MARCELO.- ¡Cállate! Me das asco y lástima y rabia... ¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

**(En la puertecita lateral aparece el CAMARERO. Desde allí habla.)**

CAMARERO.- Con permiso. La señora Duquesa ruega a los señores que la disculpen... Está un poco indispuesta y hasta la tarde no saldrá de su camarote. **(Saluda y se retira. Con una angustiosa ironía.)**

MARCELO.- ¿Ha oído usted, Capitán? La señora Duquesa está en su camarote. ¡Yo la veo! ¡Puedo verla con los ojos cerrados! ¡La señora Duquesa está encerrada entre esas cuatro paredes, luchando con ella misma, como una leona en su jaula! La señora Duquesa teme que los demás le adivinen esa lucha, ese tormento... La señora Duquesa está luchando entre su orgullo y la locura de un deseo que la atormenta y la quema. ¡La señora Duquesa duda entre su casta, su raza, y los brazos de<sup>266</sup> un marinero...! ¿Quién vencerá? ¿Quién?

DINO.- **(Un gemido. En su mundo.)** ¿Qué va a ser de mí?

MARCELO.- ¿Qué va a ser de ti? ¿Y qué va a ser de ella? ¿Y de mí? ¿Y qué va a ser de esos marineros llenos de odio y de rencor? ¿Qué va a ser de esta humanidad enloquecida, perdida en medio del mar? ¿Qué va a ser de nosotros, que no somos más que hombres, pájaros ciegos, hombres? ¡Hombres nada más! ¡¡Hombres!!

TELÓN

## *Cuadro II*

**Al atardecer de este día, en el mismo lugar del «yacht». Un sol de crepúsculo tiñe de rojo, de un rojo encendido, violento y audaz, el cielo del fondo, y deja destellos radiantes, sobre el mar<sup>267</sup>. Sobre cubierta, inmóvil, RAQUEL mira al horizonte. Viste un traje todo blanco, con un pañuelo de color al cuello. Muy despacio, entra TONY. Se detiene y clava los ojos en ella. Una pausa tensa, angustiosa. RAQUEL no se mueve y habla sencillamente, sin mirarle.**

RAQUEL.- Estamos llegando. Ya se ve la isla. Dentro de unos minutos se distinguirá el torreón de mi casa.

**(Silencio. RAQUEL entra en el salón muy despacio.)**

TONY.- ¿No gritas?

**(Silencio. RAQUEL entra lentamente.)**

¿No pides socorro? Un grito tuyo puede traer mucha gente en tu ayuda. Has vuelto a ser la señora. ¡La dueña del barco y del mundo!<sup>268</sup> Grita... Pide socorro... ¡Llámalos! Vamos... ¿Es que no tienes miedo? **(Con ira.)** ¿Es que tú nunca tienes miedo?

**(RAQUEL, distante, vuelve hacia él los ojos. Él del bolsillo del chaquetón ha sacado algo que ahora le brilla entre las manos. Es un cuchillo. RAQUEL se estremece y se tapa los ojos.)**

RAQUEL.- ¡¡Oh!!

TONY.- ¡Grita, he dicho!<sup>269</sup> ¡¡Grita, porque voy a matarte!!

RAQUEL.- ¡Suelta eso!

**(Ella no se ha movido. Él, con un gemido que le brota del pecho, suelta el cuchillo, que cae sobre la alfombra, y se desploma sobre el sillón dorado.)**

TONY.- ¡No puedo!<sup>270</sup> Soy un cobarde... Un cobarde.

(Una pausa.)

RAQUEL.- ¿Por qué quieres matarme?

TONY.- (Desesperado.) ¡Para ser libre! (Un silencio.)<sup>271</sup> ¿Has sido tú quien ha ordenado al negro que me abriera la puerta de la bodega?

RAQUEL.- ¡Sí!

TONY.- Anoche fui un pobre loco. Debí matarte cuando me pediste un beso. Entre nosotros, el amor solo podía ser rencor; rencor nada más... Como yo lo quería.

RAQUEL.- ¡Qué sabes tú! En aquel beso estaba toda mi alma; era como la vuelta a lo más bello, como un resurgir. ¿No viste cuánta verdad había en aquel anhelo, en aquella mujer<sup>272</sup> que se arrodillaba a tus pies? ¿No viste mis ojos llenos de lágrimas?

TONY.- ¡Tus lágrimas! ¡También lloraste por tu triunfo, cuando oías la voz de tu rey!<sup>273</sup>

RAQUEL.- ¡Calla! Era la otra mujer. Era la Duquesa. Era la raza. Tengo sangre de una raza vieja y grande, que ha vivido muchos siglos mandando a los tuyos, a sus esclavos... Aquella música que por el aire llegaba hasta aquí es la música de los príncipes de mi familia. ¿No oíste aquel grito de viva el rey? Durante muchos siglos ese ha sido el grito de los míos, de mi gente. Así ganaban una batalla y así bebían una copa de vino...<sup>274</sup> Tú y yo, una pobre mujer y un pobre hombre estábamos lejos, muy lejos de tu gente y de la mía...

TONY.- Por eso quería matarte. Para vengarme de mi amor más fuerte que mi aborrecimiento a todo lo tuyo, a ti, a tu mundo, a tu raza. Por eso quería matarte y también para que nunca fueras de otro. ¡Mía, solo mía! ¡Ya ves si tengo razones para clavarte ese cuchillo!

RAQUEL.- (Sonríe.) ¿Tanto me quieres?

TONY.- ¡O tanto te odio!

RAQUEL.- Eres indómito y salvaje<sup>275</sup>. Pero así quiero que seas. Como yo te he visto<sup>276</sup> en estas horas de encierro en el camarote, entre mi dolor, mi angustia y mis dudas...<sup>277</sup>

TONY.- ¿Has pensado en mí?

RAQUEL.- (Sonríe.) ¡Y lo dudas!

TONY.- (Bajo.) ¿Qué has decidido?

RAQUEL.- (Mirándole. Sencillamente.) Quererte.

TONY.- ¡Quererme!

(TONY avanza hacia ella, muy despacio. Ella le espera como fascinada.)

RAQUEL.- Sí. Como<sup>278</sup> no he querido a nadie. ¡Como se quiere la última vez!

TONY.- ¡Vas a quererme!<sup>279</sup> ¿Y no piensas que en ese amor puede estar mi venganza?<sup>280</sup>

(RAQUEL ríe y le acaricia el cabello.)

RAQUEL.- ¡Loco, loco, loco...!<sup>281</sup> Déjame sentirte cerca... Me gustas así. Eres tan fuerte, tan poderoso. ¡Tony! En estas horas lo he decidido todo. No temas nada. Pero hemos<sup>282</sup> de ser prudentes. En Capri, yo te esconderé donde ni el Capitán ni nadie puedan encontrarte<sup>283</sup>. Vivirás en casa de unos antiguos criados míos. Es una casita humilde junto al mar... Yo bajaré a verte todas las noches.

TONY.- ¡Sí! Todas las noches. Toda la vida<sup>284</sup>. Sueña, Raquel, sueña. ¡Y sueña aprisa!<sup>285</sup>

RAQUEL.- **(Sonríe.)** Será un secreto maravilloso<sup>286</sup>. Tú serás el último secreto de Raquel.

TONY.- **(Bajo.)** ¿Esta noche?

RAQUEL.- Desembarcarás, después<sup>287</sup> de la madrugada, cuando todos se hayan retirado. Vendrán a buscarte. Yo te esperaré allá...<sup>288</sup> Ahora vete. Escóndete del Capitán. Corre... Ten cuidado.<sup>289</sup>

TONY.- ¡Adiós, Raquel!

RAQUEL.- **(Riendo.)** ¿Será esta noche tu venganza?

TONY.- **(Tiene sus manos cogidas y la mira largamente.)**<sup>290</sup> ¿Esta noche? Todas las noches, Raquel. ¡Todas las noches de tu vida! ¡Si tú supieras! **(Y TONY desaparece corriendo por la cubierta.)** .

RAQUEL.- **(Riendo.)** ¡Loco!

**(RAQUEL sola sube a cubierta y alza la mano feliz en gozosa despedida. Es estruendosamente feliz. Su figura blanca destaca ante el rojo sol del crepúsculo que brilla ardiente como un incendio mágico sobre el mar; sigue inmóvil y sonriente; y, de pronto, dentro, varias voces lanzan un grito de horror.)**

UNA VOZ.- ¡¡Eeeeeeh!!...

**(RAQUEL, en una feroz conmoción, exhala un gemido ronco y se tapa el rostro con las manos, espantada.)**

RAQUEL.- ¡¡Tony!!

**(Grandes voces fuera. Un chillido de la sirena. Junto a RAQUEL, por cubierta, pasan corriendo el CAPITÁN y dos MARINEROS. RAQUEL, tambaleándose, entra en el salón.)**

¡¡Tony!! ¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho?

VOZ DEL CAPITÁN.- ¡Alto! ¡Paren las máquinas!

OTRA VOZ.- ¡¡Arrojen salvavidas!!

OTRA VOZ.- ¡Ahí! ¡Ahí!

**(Gritos, voces, tumulto. La sirena pita de nuevo. Han surgido en cubierta NATALIA, PATRICIA, MARCELO, SOR CATALINA<sup>291</sup>, el**

**NEGRO, BOBBY y todos los MARINEROS. Algunos personajes miran al mar, a un mismo punto, inclinados sobre la borda con ansiedad. Otros han pasado de largo, corriendo.)**

MARCELO.- ¿Qué ha ocurrido?

NATALIA.- ¡Yo le he visto! ¡Es espantoso!

PATRICIA.- ¡Sálvenlo! ¡Sálvenlo!

RAQUEL.- **(Para sí.)** Tony, Tony...

**(Vuelve el CAPITÁN y entra en el salón seguido por NATALIA, MARCELO<sup>292</sup>. Los MARINEROS ya han desaparecido, y en cubierta ha quedado PATRICIA, con SOR CATALINA.)<sup>293</sup>**

CAPITÁN.- ¡Tony se ha arrojado al mar!

MARCELO.- ¡Qué horror!

RAQUEL.- **(Ronca, sola, en su mundo.)** ¡¡Se ha arrojado al mar!!

CAPITÁN.- Sí, «madame». Era el jefe de la rebelión... Y le hubiera costado caro. Ha tenido miedo. Eso es todo.

RAQUEL.- ¡¡No!!

TODOS.- ¿Eh?

RAQUEL.- ¡No! ¡No! ¡Él no tenía miedo a nada! Él era un valiente... Además, yo le protegía. Yo le hubiera salvado.

CAPITÁN.- ¡«Madame»!

MARCELO.- ¡Raquel!

RAQUEL.- No es eso... ¡Se ha arrojado al mar para vengarse de mí!<sup>294</sup> ¡Ha conseguido que su odio sea más fuerte que su amor<sup>295</sup>! Y esta es su venganza. ¡Mi humillación! Toda esta noche esperándole inútilmente... Todas las noches de mi vida, como él decía. Habrá caído en el mar con la sonrisa en los labios<sup>296</sup>. ¡Se ha matado para ser mi vergüenza, mi rabia, mi pesadilla!<sup>297</sup> ¡¡Pero yo también sabré vengarme!! ¡Y me vengaré de algo que va a dolerle horriblemente, hasta después de muerto! Me voy a vengar de su odio. ¡Me vengaré en los suyos, en esos marineros que se han rebelado! ¡¡Capitán!! ¡Rumbo al puerto inmediatamente! Esos hombres son rebeldes... Y serán castigados como si cada uno de ellos fuese él mismo, sin piedad, sin lástima, con odio, como ellos quieren, como él quería. ¡Al puerto, Capitán! Es necesario que entregue usted esos hombres a la justicia...

PATRICIA.- **(Sola, allá, en la cubierta.)** ¡No! Eso, no.

**(Todos se vuelven. La muchacha avanza hasta la entrada sin bajar al salón<sup>298</sup>. Está muy pálida.)**

TODOS.- ¿Eh?

PATRICIA.- No puedes hacer eso, mamá. Sería el escándalo y la vergüenza. Todo el mundo sabría lo que ha pasado aquí esta noche. Lo sabría el pobre Dicky. ¿No te da miedo, mamá? ¿Quieres que tu hijo se entere?

MARCELO.- Patricia, Patricia.

RAQUEL.- Llévala de aquí. ¡No quiero oírla!

SOR CATALINA.-<sup>299</sup> ¡Dios mío!

NATALIA.- **(Asustada.)** ¡Patricia, criatura!

PATRICIA.- ¡Dejadme!<sup>300</sup> ¿Creéis que no comprendo por qué se ha arrojado al mar ese marinero?<sup>301</sup>

RAQUEL.- ¡Tapadle la boca! ¡Llévala! ¡Fuera de aquí!

PATRICIA<sup>302</sup>.- ¡No! ¡Me oirás! Me has hecho llorar muchas veces a escondidas... Pero Dicky no ha de llorar. Dicky creerá siempre que eres como él te imagina... No quiero que sufra, no quiero que te odie<sup>303</sup>. No quiero que llore de asco y de rabia, como yo he llorado. Tú has jugado con todos. Pero no juegues con Dicky, mamá... Con él, no; con él, no.<sup>304</sup>

NATALIA.- ¡Patricia!

SOR CATALINA.- Criatura, ¿qué has hecho, Dios mío?<sup>305</sup>

**(La toma en sus brazos. PATRICIA solloza y salen las dos. RAQUEL está en el sillón rojo, hundida, anonadada, casi ausente, con un tremendo desfallecimiento. Una pausa larga durante la que aún se oyen los sollozos de PATRICIA al alejarse con la monja.)<sup>306</sup>**

RAQUEL.- **(Como un murmullo.)** ¿Has oído, Marcelo? ¿Has oído? Siempre temí que llegara este día... Desde que Patricia nació yo sabía que alguna vez oiría esa voz suya, gritándome, como ahora... Pero no pensé nunca que fuera tan pronto. ¿Qué es esto? Es la vejez. Es la muerte. **(Con un escalofrío se tapa la cara con las manos.)**

MARCELO.- Óyela, Raquel. Es la voz de un ángel. Es exigente, es dura, sí. Los ángeles son crueles porque no entienden de pecado... Óyela. Es la voz de tu conciencia. De la mía, de la de todos nosotros... Es el ángel que anoche nos seguía por alta mar y volaba sobre toda esta miseria humana del «Duquesa Raquel». Anoche, entre la pasión y el odio y el deseo, había a bordo algo maravillosamente hermoso. Eran los sueños de tu hijo, era la pureza de una mujercita, y eran los rezos de una monja... ¡Eran como tres ángeles perdidos en el infierno!<sup>307</sup> Y ellos son la verdad. ¡Dichosos los que sueñan y saben rezar! ¡Pobres de nosotros los que solo hemos creído en nuestra propia soberbia! ¡Raquel! Síguelos a ellos. Aún es tiempo. Ahora creo en los que tienen fe; creo en los que creen en Dios... **(Con angustia.)** ¡Raquel! Yo necesito una fe; yo necesito creer...

**(RAQUEL, despacio, alza la cabeza.)**

RAQUEL.- Capitán.

CAPITÁN.- ¡«Madame»!

RAQUEL.- Confío en usted... Que al llegar a Capri nadie<sup>308</sup> sepa lo que ocurrió anoche en el «Duquesa Raquel»<sup>309</sup>. Esos hombres callarán porque tienen miedo. La muerte de Tony ha sido un accidente... Todo fue un mal sueño que no volverá.

CAPITÁN.- Sí, «madame». Confíe en mí... **(Se va por la cubierta. Comienza a anochecer.)**

RAQUEL.- Pero, ¿y ahora, Marcelo? ¿Qué haré yo?

**(En cubierta surge SOR CATALINA, tímidamente.)<sup>310</sup>**

SOR CATALINA.- Señora Duquesa... Dicky y Patricia la llaman. Vaya, señora Duquesa. Yo se lo suplico...

MARCELO.- **(Sonríe.)** ¿Y aún preguntas qué vas a hacer? Te llaman tus hijos... Tus ángeles. ¿No es esto como empezar una vida nueva?

RAQUEL.- ¡Mis hijos!... **(Muy bajo. Mira a MARCELO y a la monja sin<sup>311</sup> verlos, con la imaginación lejos, muy lejos<sup>312</sup>. Y muy bajo.)** ¿No sabes, Marcelo? Decía que era el dueño del fondo del mar... Era como un dios.

PATRICIA<sup>313</sup>.- **(Dentro, lejos.)** ¡Mamá!

**(RAQUEL se estremece. Y casi en un grito como pidiendo socorro.)**

RAQUEL.- Dicky, Patricia. ¡Hijos míos! ¿Dónde estáis?<sup>314</sup>

**(Sale. MARCELO la ve marchar desde cubierta. En el salón,**

**NATALIA y la monjita. NATALIA se seca una lágrima.)**

NATALIA.- Bien... **(Un silencio.)** Estas horas de la tarde, a bordo, me entristecen. No sabe una cómo entretenerse. **(Un silencio.)** ¿Qué hace usted, hermana?

SOR CATALINA.- **(Suave.)** Estaba rezando un poco...

TELÓN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

